ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti paro dharmah

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

DISCURSO PRESIDENCIAL

en la clausura de la Convención de la Sociedad Teosófica en Inglaterra y Gales.

Es deber mío, como Presidente de la Sociedad Teosófica, deciros algunas palabras antes de que terminéis vuestras tareas.

En primer lugar, permitidme que me felicite y os felicite por los progresos alcanzados durante el año último. Contemplando el espectáculo del mundo teosófico, vemos cuán verdadera era la profecía de que desde el último año una nueva onda de vida se lanzaría sobre la Humanidad y llevaría la Sociedad á su expansión. Vemos esta evidencia á nuestro alrededor, no sólo aquí, sino realmente en todas las comarcas en que nuestro movimiento ha arraigado. Y viendo eso, bien podemos animarnos y darnos cuenta de que cualesquiera que sean ó puedan ser las dificultades futuras, el éxito de este gran movimiento espiritual está asegurado.

¿Me permitiréis ahora exponeros una indicación que tengo la seguridad que aceptaréis? Preciso será que consideréis el modo de dedicar al asunto un gran cuidado y atenta deliberación. ¿No ha llegado ya el tiempo de que la Sociedad tenga en Inglaterra y Gales un decoroso Cuartel General de su propiedad en la metrópoli del Imperio? Necesitáis, por vuestra posición geográfica, por vuestro lugar en el conjunto imperial, ocupar el puesto

principal que os corresponde entre los pueblos que hablan inglés, y no está en consonancia con la dignidad del movimiento el que debáis reuniros en una casa alquilada, que constituye un gravamen sobre vuestros recursos y que resuelve el problema de un modo poco satisfactorio. En Escocia, por un ingenioso procedimiento que conoce el Secretario general, han logrado hacerse con un admirable edificio sin incurrir prácticamente en deuda alguna. Lo que pueden hacer los escoceses, seguramente los ingleses deben ser capaces de hacerlo. No os debéis dejar adelantar tanto por vuestra joven hermana Escocia en este respecto. Yo creo que sería posible para vosotros, puesto que el valor de la propiedad tiende á bajar en Londres, el adquirir terreno donde construir el Cuartel General. Si pudiérais adquirir un terreno céntrico—desde luego que no quiero decir en medio de Londres, en la City, sino en un punto razonablemente al alcance del centro, donde el terreno no tenga un precio exhorbitante—, si pudiérais hacer eso y contar con que uno de los Arquitectos M. S. T. os hiciera un buen plano, á propósito para los servicios y fines de la Sociedad, aumentaríais vuestra dignidad social á los ojos profanos, y también facilitaríais vuestros trabajos. Tal como ahora estáis instalados, cuando hay alguna reunión algo mayor que las usuales, la Junta directiva tiene que hacer gestiones para buscar un local apropiado, y aun en las ordinarias reuniones os véis obligados á congregaros en los pasillos por falta de sitio en los salones. Esto es poco satisfactorio, y recuerdo que en el Día del Loto Blanco había más gente fuera que dentro. Seguramente si recordáis eso, y recordáis que el Día del Loto Blanco es una festividad teosófica periódica, os sentiréis impulsados á buscar algún generoso donante ó á realizar algún razonable *tour de force* que os procure el terreno necesario para erigir el edificio preciso. Hablo aquí con gran sentimiento de compañerismo, porque por mi parte he comprado mucho terreno y construído muchísimo, y no veo por qué no habéis de seguir el ejemplo de Adyar y aumentar vuestro terreno y propiedades hasta que basten para la obra que ha de hacerse. No diré que en Adyar hayamos alcanzado ese punto ideal, porque hay cada vez más y más personas que desean instalarse allí; pero podéis hacer un esfuerzo paralelo al nuestro, y ésta es un punto que os encomiendo, así como al Secretario general que puede inmortali-

zar su nombre construyendo un bello edificio para Cuartel General.

Consideremos ahora la cuestión de nuevos colaboradores que han de aparecer entre vosotros, el ingreso en el movimiento de viejos obreros de las centurias y milenios pretéritos, cuestión ésta que es verosímil ocupe mucho espacio en la Sociedad Teosófica durante los años por venir. La conjunción de un gran número de miembros que han colaborado en el pasado, y que cooperarán también en el próximo futuro, es un hecho que no podemos pasar por alto. De ahí que debáis estimar y acoger en vuestras Ramas á todos los jóvenes de ambos sexos que muestren especial atracción hacia las ideas teosóficas y que, aun siendo muy jóvenes, muestren posibilidades que en el futuro pueden realizar. Tratad de acoger benévolamente á tales colaboradores, y cuando alguna vez un nuevo obrero venga á nuestras filas, animadle, dadle la bienvenida, mostradle que deseáis ayudarle y aprovecharos de cualquier clase de útil energía que él pueda aportaros. Para que esto pueda ser así, seguid el sistema, si puede dársele tal nombre, de recibir nuevas sugestiones siempre con agrado y no con palabras que desanimen. Recuerdo que en los primeros días, cuando Mr. Judge trabajaba en América y conseguía tan rápidos progresos allí, una de sus grandes características era que, si alguien se lo presentaba—fuera hombre ó mujer—á traerle algún esquema (y en ocasiones los esquemas no eran muy sabios), siempre decía á su interlocutor: «Poneos al trabajo y perfeccionad lo hecho», y le daba cuanta ayuda podía. Ese es uno de los secretos del éxito en un movimiento como el nuestro. Es preciso que no nos fosilicemos. Es preciso que no creamos nosotros, los más viejos, que la sabiduría de las Edades está concentrada en nosotros, y que no pueda encontrarse un fragmento de ella fuera de nuestro propio círculo. Es necesario que estemos prontos á aceptar nuevas ideas, nuevas indicaciones y planes, y animemos todas las iniciativas en toda clase de direcciones. A veces un plan puede ser un poco defectuoso al principio; pero si el corazón de alguien está interesado en ello, debéis animarle y no desanimarle. Dondequiera que encontréis fidelidad y voluntad, podéis estar seguros de que una pequeña ayuda, prudentemente dada, eliminará la parte débil del plan y exteriorizará lo que tiene de utilidad y posibilidad de éxito. Yo ruego pues enca-

recidamente á cada uno de vosotros, y especialmente á los miembros más antiguos, que conserven la mente abierta á todas las ideas que se les expongan, especialmente por los jóvenes, recordando de continuo que el futuro es de los jóvenes y no nuestro, y recordando también que cuando ellos sean viejos, nosotros podemos volver de nuevo á la tarea, como jóvenes de entonces, y podemos granjearnos, como jóvenes, iguales simpatías que las que hemos concedido en los días pretéritos de nuestra autoridad.

Otro punto de inmensa importancia he de exponer á vuestra consideración. Bien sabéis cuán frecuentemente os he dicho, reunión tras reunión, párrafo tras párrafo, que la salvaguardia de la Sociedad consiste en la plena libertad de pensamiento y en la plenitud de expresión de ese pensamiento. Veo de vez en cuando la tendencia entre nuestros más fieles colaboradores á estatuir ciertas líneas de pensamiento que dicen ellos deben seguir los demás. Mas nadie tiene derecho de dictar á otro el cómo debe pensar ó la dirección y forma en que ha de hablar. Uno de nuestros miembros ha llegado á usar la frase de «heréticos». No hay heréticos en la Sociedad Teosófica. Sólo puede haber heréticos donde hay dogmas, y no tenemos dogmas en la Sociedad Teosófica. Si esto no se tiene presente, nuestro navío teosófico estará siempre en peligro de estrellarse contra las rocas ó encallar en la arena. H. P. B. nos previno de ello hace mucho tiempo. Ahora bien; cuando ella nos prevenía de ello, esto no significaba que ella no mantuviera fuertemente opiniones propias ni que dejara de expresarse á veces con vigor extremado. De ningún modo se trataba en tal caso de una personalidad incolora; pero ella sabía, como todo ocultista sabe, que si bien se pueden mantener opiniones propias y expresarlas vigorosamente, ningún ocultista tratará de imponer á otro sus opiniones ó tratar de hacer que la medida de la propia creencia sea la medida de su aceptación por los demás. *Nada* hay que tengamos la obligación de *aceptar* en la Sociedad Teosófica—excepto sus tres objetos—, y algunas personas olvidan eso. Nos hemos congregado para realizar esos tres objetos, y nadie tiene el derecho de limitar la libertad que se nos ofreció al admitirnos en la Sociedad. Nadie tiene el derecho de añadir otros objetos sin el consentimiento de toda la corporación de la Sociedad Teosófica. Y sobre todo las palabras y opiniones

de un instructor particular, grande ó pequeño, nunca deben utilizarse como una limitación en las discusiones ó constituir un obstáculo á la libre expresión de los pensamientos de los demás. Digo esto porque yo soy una de esas personas frecuentemente citadas como autoridades. Me hacéis un mal servicio cuando me colocáis como un obstáculo puesto ante la libre y franca discusión. Algunos de vosotros quizá diréis: «Sí; pero usted tiene razón». Puede que sea así; es muy verosímil que así sea, porque yo conozco más sobre estas materias que cualquiera de vosotros pueda conocer. Pero eso no es una razón para que me creáis hasta que vuestra inteligencia asienta y hasta que vuestra conciencia apruebe. Si en vuestro corazón estáis conformes conmigo, ¡ah! entonces seguidme tan calurosa y entusiásticamente como queráis; pero sabed que no forma parte del recto entusiasmo el vituperar á otro porque no siente igualmente, ni el tratar de hacer de una opinión mía un testimonio de lealtad á la Sociedad Teosófica en conjunto. Hay un peligro en esto, porque muchos de vosotros me amáis afectuosamente, y yo os lo agradezco. Muchos confiáis en mí incondicionalmente, y yo trato de ser digna de vuestra confianza; pero para que esto sea de valor, es preciso que sea espontáneo, no forzado, y cesa de serlo desde el momento que se llega á decir: «¡Oh!, la Presidenta dice tal y cual cosa y, por lo tanto, debemos hacer eso.»

En la investigación de la Verdad no hay otra recompensa que la posesión de esa Verdad, ni otro castigo que el no encontrarla. ¿Por qué entonces querellarnos ó disputar? Si alguien no ve una gran verdad, seguramente que esto no es una razón para que el vituperio de otro vaya á agregarse á la desgracia de no verla. Hay grandes posibilidades ante vosotros. Hay múltiples caminos y nuevas perspectivas ante nosotros. Un poderoso Maestro ha de venir que unirá á los pueblos y hablará la más divina de las verdades; pero eso no es un dogma de la Sociedad Teosófica. Nada obliga á nadie á aceptarlo ó á creer esa Verdad, y el Señor Maitreya sería mal servido, si la Sociedad elegida para ser el heraldo de su llegada, promulgase castigos á los incrédulos, ó el ostracismo á los que no aceptan el mensaje. Cuando el hombre ve una verdad, la acepta; hasta que no la vea, es un hipócrita si pretende aceptarla. He ahí la gran falta de las Iglesias en todas las edades y en todas las religiones del pasado. Necesitaban argüir sobre la Verdad; se quere-

llaban y luchaban por la Verdad; penaban la no aceptación de la Verdad y amordazaban á los disidentes. La Verdad es Luz, y cuando la Luz brilla, los que tienen ojos pueden verla, y los que no la ven, necesitan esperar el momento en que sus ojos se abran y vean. La apertura de los ojos del espíritu no se apresura con el vituperio, la condenación ó la desaprobación fría, que á veces sustituye entre nosotros á la persecución activa. Si hay algo que yo haya extraido de la experiencia del pasado, lo es principalmente que en el momento que el alma ve la Verdad, se lanza á su encuentro, y que así como estropeáis una flor cortándola y poniéndola bajo la acción del Sol, forzándola prematuramente á abrirse, así perjudicáis al espíritu humano tratando de forzarle á aceptar la Verdad, hasta que se abra naturalmente y el hombre se encuentre pronto á la respuesta.

Tal es el pensamiento que quiero dejaros. Viajando de un lugar á otro, encuentro aquí y allá la tendencia á establecer una nueva ortodoxia, á erigir profetas indiscutibles, y éste es un espíritu muy distinto del que debe encarnar en nuestro movimiento. Ningún Maestro pide á su discípulo la aceptación ciega. He oido decir á uno: «¡Oh!, no importa que no comprendáis; ya lo comprenderéis y aceptaréis más adelante.» Esa es la recta actitud. Si estáis seguros de vuestras conclusiones, alegráos de la verdad que conocéis y mantenedla y vividla de modo que otros puedan llegar también á verla y recibirla. Se me ha dicho: «Entonces usted no se cuida de si las personas piensan bien ó mal.» Sí me cuido; pero necesito que el pensamiento recto venga por recto camino, por interno reconocimiento y no por forzamiento externo. Para mí el pensamiento recto es de la mayor importancia. «Tal como el hombre piensa, así es.» Y nada más triste que ver á un hombre capaz de reconocer la Verdad con los ojos vendados, ante ella, por algún hecho secundario, alguna rudeza ó mala intención de su corazón. Pero por considerar á la Verdad tan preciosa, por considerarla tan vital, yo quisiera exponerla de modo que quien pueda, vea su belleza y la reconozca como se reconoce al Sol en el cielo. La existencia del Sol no necesita discutirse; el Sol no precisa afirmar su existencia: brilla siempre y nada más. Si alguno no lo ve, es porque sus ojos son ciegos ó porque momentáneas nubes se interponen entre los ojos y el Sol. Así pasa con la Verdad. La Verdad brilla siempre, siempre ilumina; pero á veces nuestros ojos están

cerrados ó nubes de prejuicio ó de ilusión pueden interceptar la Luz por algún tiempo. No importa que no comprendáis. La Verdad brillará más y más; las nubes tenderán á desvanecerse más y más; los ojos comenzarán á abrirse..... Guardemos y conservemos á nuestra Sociedad libre, digna de hombres y mujeres libres. Dejemos que se exponga la Verdad y el error también, porque el error muere mejor á la luz del día que oculto bajo tierra. No os asuste la Verdad. Como Milton dijo: «¿Llevará la peor parte en franca lid quien haya conocido la Verdad?» Mostremos nuestro amor á la Verdad, nuestra lealtad á la Verdad, creyendo en su Luz, manteniéndola tan alta como podamos. Y, sobre todo, no identifiquéis la lealtad á la Verdad con la lealtad á una persona; pero recordad que la lealtad á una persona sólo es justificable cuando esa persona encarna para vosotros más de la Verdad que lo que podáis encontrar en otra parte, pues entonces se trata realmente de lealtad á la Verdad, á la Verdad encarnada, y tal lealtad os elevará y ayudará, pero nunca os hará fanáticos, limitados ó duros para aquellos que no han visto aún la Verdad tal como la véis.

Annie BESANT.

(Traducido de *The Vahan*, por J. Garrido.)

Hechos naturales y Dogmas religiosos. [1]

III

La Resurrección de los cuerpos. [2]

La doctrina de la resurrección de los cuerpos es una de las que establecen una bien marcada línea divisoria entre los miembros de la Iglesia cristiana que piensan y aquellos que aceptan su fe más bien por tradición, por lo que se llama el azar del nacimiento, que por el pensamiento individual, por un verdadero esfuerzo hacia el conocimiento. Hay ciertas doctrinas que, al

(1) Curso de cinco conferencias pronunciadas por Mme. A. Besant, en Londres, el año 1902, y hasta hoy inéditas.

(2) Notas tomadas de la conferencia dada en el Queen's (small) Hall el domingo 15 de Junio de 1902.

examinarlas, resultan ser irracionales é imposibles, pero que aún ejercen prestigio sobre la mayoría de los hombres, sencillamente porque tal creencia es fruto de una sugestión hipnótica real y verdadera, determinada, en parte, por las circunstancias que les rodean y, principalmente, por las creencias de sus semejantes. He dicho sugestión hipnótica, por ser tantos los que, siendo razonables y reflexivos fuera del terreno de sus creencias, parecen capaces de aceptar las creencias más irracionales, con tal que éstas se presenten á ellos con el sello de origen de la fe en que nacieron. Esta clase de personas se encuentra en todas partes y en cualquier religión; aquí son cristianos porque nacieron en tierra cristiana. Si hubieran nacido en Birmania, de igual suerte hubiesen sido Buddhistas; nacidos en la India, serían hindos ó musulmanes. Reciben su fe sencillamente por herencia y por la presión que ejercen sobre ellos las opiniones del ambiente social y familiar. En tal caso no parece existir dificultad alguna para la admisión de una creencia que la más ligera reflexión demostraría ser inaceptable, y la manera cómo es creída en la Cristiandad la resurrección de los cuerpos es uno de tantos ejemplos. Háblese con un cristiano pensador, con un hombre que haya examinado lealmente sus creencias, y sin sombra de duda exclamará: «Desde luego, no entiendo por resurrección de los cuerpos que sea este mismísimo cuerpo mío el que haya de resurgir en su forma presente y compuesto de los mismos materiales que lo componen ahora.» Ninguna persona que haya pensado, podrá, supongo yo, creer semejante cosa. Y, sin embargo, la inmensa mayoría de los cristianos actuales, y no sólo los ineducados, que es el punto de notar, sino también no pocos que poseen gran ilustración, en el sentido corriente de la palabra, se atendrán á la interpretación literal de esta cláusula del Credo cristiano. Cuando dicen: «Creo en la resurrección de la carne», quieren decir que literalmente volverán á levantarse de los muertos en un cuerpo semejante al presente. Y que esto es así puede verse claramente por los sermones que se predican, que se imprimen y que son aprobados por multitud de gentes. Tomemos por ejemplo un predicador, como era el difunto Dr. Talmage, en América. Verdad es que para muchas personas reflexivas sólo el nombre del Dr. Talmage evocará la idea de sermones estupendos; pero, por otra parte, era uno de los predicadores más populares de

América. Su iglesia se llenaba todas las semanas; se marchó en calidad de conferenciante popular sobre asuntos cristianos y también asuntos fuera de la religión; se fué contratado por las grandes Agencias de conferencias que existen en varias partes del mundo, visitando, entre otros países, Australia y Nueva Zelanda, y en cada ciudad en que se detenía, atraía enormes masas de público, y, sin embargo, le vemos exponiendo una doctrina de la resurrección de los cuerpos, de un carácter sumamente irracional, y su sermón sobre la resurrección, por muy irracional que se tenga que calificar, recibió hace poco tiempo los honores de una nueva tirada de imprenta en una de las Revistas no-conformistas de mayor circulación en este país, y fué impreso con aprobación. No quiero cansaros con extractos de dicho sermón, pero sí quiero que reconozcáis el hecho de que esas doctrinas son objeto de una extensa fe; y en un extracto de dicho sermón, que aquí tengo, se ve al Dr. Talmage pintando con los más vivos colores incidentes de la resurrección de los cuerpos, llegando hasta decir que incontables muchedumbres de espíritus acudirán á los mismos lugares donde dejaron sus cuerpos para volverlos á tomar. En boca de esos espíritus pone las palabras: «Devuélvenos esos cuerpos; los dimos á la tierra en corrupción, devuélvelos ahora en incorrupción.» Y sigue revistando los varios modos como las gentes han perecido en naufragios, en batallas, en catástrofes, y declara que los espíritus errarán sobre los lugares donde perecieron los cuerpos, esperando la reunión de cuerpo y alma; y, según lo elaborado y pintoresco de su narración, se comprende cuán fácilmente conquistaría el interés de los que le escucharan, con sólo dejar á un lado lo irracional del concepto.

No se limita esto, sin embargo, al caso del predicador popular que sólo se dirige á las masas de gentes ineducadas. Aún conservo memoria de cuando el Dr. Wordsworth era obispo de Lincoln, y de cómo, cuando se indicó que los cuerpos debieran quemarse en vez de enterrarse, predicó un sermón contra la cremación, siendo uno de los principales puntos del sermón el argumento siguiente: que al quemar los cuerpos de los muertos, se atacaba de raíz la fe cristiana en la resurrección de los cuerpos; tan sumamente material era su criterio, á pesar de ser un gran erudito y pensador, que la destrucción del cuerpo físico por el fuego le parecía una amenaza contra la creencia en

la resurrección de los muertos. Esta idea penetra, más ó menos, toda la sociedad cristiana. La oposición á la cremación, la idea de que al quemar el cuerpo se hace algo que, de un modo ó de otro, ataca la fe cristiana, demuestra que las gentes aún no han logrado desasirse de la influencia que, en cierta manera mal definida, ejerce sobre ellas la idea antigua. Es indudable que una de las razones que hicieron elegir el fuego, como modo de castigo para los herejes, fué la idea corriente en los tiempos medioevales y en la Iglesia católica romana, que por tal procedimiento se ponía gran obstáculo á la posibilidad de resurrección de los muertos, y acaso alguno recuerde que cuando fué quemado el cuerpo de Giordano Bruno, uno de los que le sentenciaron á la hoguera, observó, al escribir á un amigo para relatarle el hecho: «Sus cenizas se hallan ahora esparcidas á los vientos, por cuanto no podrá ir á aquellos mundos, en los que creía.»

Muchos de los versados en letras recordarán lo muy finamente que Voltaire ridiculizó la idea de la resurrección de los cuerpos, como figuró, con la claridad y nitidez de su incomparable estilo, la escena que cualquiera puede representarse entre postulantes de una misma porción de tierra; él, por supuesto, se había percatado de la idea de que los cuerpos, al ser continuamente devueltos á la tierra, vuelven á ser, propiamente dicho, reencarnados en mineral, planta, animal, y asimismo en otros cuerpos humanos, de tal modo, que no hay parte de un cuerpo que pueda decirse que pertenece á un solo individuo; muchos individuos han tenido participación en toda clase de cuerpos, y muchos más, en lo venidero, participarán de este mismo material. A veces se tropieza con algún extraño concepto como el de los Judíos, de que algún diminuto fragmento del cuerpo persistirá, y que dicho fragmento servirá de núcleo para la resurrección del cuerpo, siendo la creencia de los Judíos que una de las vértebras permanece desde el momento de la muerte, en espera del día de la resurrección, y que constituirá un núcleo físico, alrededor del cual podrá formarse otro cuerpo.

El golpe de gracia para las ideas antiguas sobre la resurrección de los cuerpos, desde luego ha venido de la noción científica, universalmente esparcida y admitida, de que el cuerpo experimenta cambios continuos; que cada partícula de los cuerpos

que poseemos ahora, transita constantemente; que todo cuerpo se renueva sin cesar; que el cuerpo que tenemos ahora no es el mismo que el que teníamos algunos años antes, ni el que tendremos dentro de unos cuantos años. Se sabe que el cuerpo á cada momento muere y vuelve á nacer, y esta noción ha desterrado para siempre de la mente de toda persona reflexiva, la noción antigua de un cuerpo que durase, por decirlo así, desde la cuna hasta la sepultura, y en el que la personalidad cifrase su más legítimo interés hasta más allá del término de su existencia, de tal suerte que ese cuerpo que fuera su vestidura del nacer al morir, pudiese vindicarlo como suyo, al regresar desnudo de la morada de los muertos.

Esta noción científica del continuo morir y renovarse bien podemos nosotros adelantarla y popularizarla en cuanto quepa, no sólo porque sea cierta, sino también porque es de suma importancia ética, al señalarnos nuestra mutua responsabilidad unos para con otros y la realidad de la fraternidad física del hombre. Por más que esta noción científica no sea precisamente la doctrina á que luego aludiré, que da pie y fundamento á la doctrina de la resurrección de la carne, hay aquí esta diaria muerte y renovación científica del cuerpo, que no tenemos tan presente en nuestro pensamiento como debiéramos, para bien nuestro y de los demás, un reconocimiento firme y decisivo del hecho de que nuestro cuerpo no es propiedad nuestra; que el cuerpo que poseemos no pasa de ser una tenencia sujeta á continuas mutaciones; que los átomos, las diminutas partículas que integran mi cuerpo en este instante pasarán á ser parcialmente posesión vuestra cuando dejemos esta sala, mientras que algunas de las que se encuentran en vuestros cuerpos ahora, me pertenecerán á mí cuando nos separemos; y este incesante intercambio del material del cuerpo, esta constante compenetración entre los cuerpos de unos y de otros, cuando llega á comprenderse mentalmente, infunde el sentimiento de lo muy sagrado que el cuerpo debiera sernos, y de la inmensa deuda que tenemos hacia nuestros cuerpos, no sólo por nosotros mismos, sino por todos los demás con quienes nos hallamos en contacto. Cuando llegamos á comprender que las partículas que componen nuestros cuerpos cambian constantemente; que no nos encontramos con otra persona sin cambiar con ella literalmente algo de nuestros vehículos físicos; cuando nos convencemos

de que no podemos entrar en una habitación donde otros están ó estuvieron, sin tomar en nuestros cuerpos algo de lo que han dejado atrás; cuando aprendemos que el cuerpo sano derrama salud por donde pasa, así como el cuerpo enfermo derrama enfermedad; que hay infección de buena salud en igual grado que hay infección de mala salud; que aquellos que absorben alimentos impuros, envenenando sus cuerpos con alcohol y otras drogas, sirven de centros maléficos para los cuerpos de los que les rodean, vertiendo arroyos de veneno y, por tanto, rebajando su vitalidad, aun cuando los recipientes sean bastante fuertes para rechazar la infección en su forma concreta de enfermedad; cuando esto se ha comprendido, una nueva solemnidad embarga nuestro pensamiento con motivo de nuestra responsabilidad por los cuerpos que llevamos frente á todos los que viven alrededor nuestro. Cuando se dice, como dicen algunos en su ignorancia: «¿Acaso no es mío mi cuerpo, y no puedo hacer lo que quiero con él?», la respuesta del verdadero conocimiento es: «No: vuestro cuerpo no os pertenece, y no tenéis derecho, como miembro de la humana sociedad, de usarlo como gustéis. Deber vuestro es, como miembro de una comunidad que os depara muchas ventajas, que os guarda, os protege y os concede participación en sus beneficios, deber vuestro es el dar á dicha comunidad salud y no enfermedad, templanza y no desenfreno, limpieza y no basura, pureza y no rastrería.» Ningún hombre tiene derecho de ser un glotón, de embriagarse, de ser sucio en su persona, en su indumentaria, en su casa; porque, como miembro de una comunidad, esparce á su alrededor, en semejantes condiciones, partículas que traen daño á los cuerpos de sus vecinos y rebajan el nivel general de la salud en toda la comunidad.

Sólo cuando esta noción del cuerpo, de su continuo morir y resurgir, haya penetrado en el alma de todos, podremos elevar el nivel de la salud y, por lo tanto, el nivel del bienestar físico en la comunidad. Nunca puede una comunidad estar sana, enteramente sana, mientras uno de sus miembros esté enfermizo, doliente, sucio y desconozca la recta medida del buen vivir. La hediondez de los albergues de la miseria en una gran ciudad, el ambiente de degradación que rodea á nuestros hermanos y hermanas pobres, todo esto no es cosa que sólo á ellos importa, como muchos con sobrado egoísmo se figuran. Mientras ello





HABITACIONES DONDE VIVIÓ H. P. B.

Londres, Lansdowne Road, núm. 17 (Holland Park).

existe, esparce sobre toda la comunidad los gérmenes de rebajada vitalidad y de menguada salud. Y es justicia que así sea; porque su existencia es denegación de nuestra humana responsabilidad, es la negación de la fraternidad de los hombres.

Es justo que aprendamos por dolor lo que no queremos aprender por precepto; es justo que nuestros cuerpos reciban así perjuicio, puesto que no queremos, guiados por el amor, ayudar á que nuestros hermanos consigan mejores condiciones de salubridad, pues es cierto que el divino Padre de todos, que ama á todos con igual amor, enseña por el sufrimiento, cuando es hollado el precepto, cuando no queremos aprender por amor y compasión, y es una alegoría llena de verdad la que representa la enfermedad, la peste, la miseria de toda clase, como mensajeros divinos para instrucción del mundo, siendo su enseñanza lección de pureza, de vida, de templanza, de limpieza, dada con púas de dolor á los indiferentes y descuidados; este divino mensaje es, en realidad, un mensaje de amor y ternura, pues es preciso que aprendamos, cualquiera que sea el precio de la lección, y preciso es que los rebacios aprendan á la fuerza si no admiten la enseñanza de otro modo.

Annie BESANT.

(Traducido del inglés por J. Fermaud.)

(Concluirá).

Habitaciones donde vivió H. P. B.

I

No sería posible hallar reproducciones ó descripciones de todas las casas en que vivió y trabajó H. P. B. durante su vida, pero la mayor parte de aquellas en las que habitó desde el año 1878, mientras trabajaba por la causa teosófica, son conocidas. Describiremos algunas en estos artículos, no ya en su orden cronológico, sino según nos vienen á mano.

La primera, que aquí reproducimos, es la casa de Lansdowne Road, núm. 17, Holland Park, Londres, donde se fijó poco tiempo después de su llegada á Inglaterra.

El primer grabado de la lámina adjunta presenta la casa, vista desde Lansdowne Road. Su construcción es de ladrillo, revocada de yeso hasta el primer piso. Casi todas las casas de esa

calle son edificadas á pares, iguales y juntas una á otra. La ventana próxima á la puerta principal es la del comedor, y la habitación particular de H. P. B. está situada detrás de aquél, con vistas á un jardín espacioso ó pequeño parque, del que disfrutan en común todos los vecinos (1). La habitación posterior donde trabajaba durante el día, y en la que tenían lugar las lecciones teosóficas nocturnas, está orientada á Mediodía y en ella penetraban alguna vez los rayos de un sol que no suele brillar gustoso sobre Londres.

Esta fotografía fué tomada con un kodak americano, una mañana del año 1888, mientras se hallaba trabajando H. P. B. sentada ante su despacho. El espacio cuadrangular de color gris que se observa en el marco de la ventana, es un transparente que le fué regalado por un tal Mr. Wade cuando H. P. B. vivía en Elgin Crescent.

La ventana situada á derecha de la casa es la de su alcoba, que comunicaba con su cuarto de estudio. Esa parte de la casa está revocada de estuco hasta el primer piso, como la fachada anterior.

Al interior, comunicaba el comedor con el cuarto de estudio. Rara vez se usaba el otro despacho, excepto para las comidas ó cuando un mitin numeroso tenía lugar. Unas puertas de dos hojas separaban las habitaciones unas de otras. El grabado que representa esa habitación está sacado desde el ángulo de la mesa de escribir de H. P. B., y se ve el sofá en que Mr. Harbottle y otros vieron claramente una noche, durante una reunión de la Rama, la forma astral de un Hindo sentado, que, tranquilo, observaba á los asistentes. Tan clara era la imagen, que sólo cuando uno de estos últimos se sentó en el sitio mismo ocupado por aquel visitante, exclamó Mr. Barbottle, muy sobresaltado: «Allí no había nadie». El retrato colocado sobre un caballete es de un Oriental, antiguo amigo de H. P. B.—de su Maestro—, como ella misma repetidas veces declaró. La mesita redonda es la que usaba H. P. B. muy frecuentemente y sobre ella se servía su frugal desayuno, pues siempre emprendía su trabajo á muy temprana hora del día. Con intención la reproducimos en este grabado, porque acababa de desayunarse H. P. B. en aquélla cuando fué sacada esta fotografía. Tales son el lujo y magnificencia que rodeaban al sucesor de St. Germain.

Durante las reuniones de la Rama, el Presidente y H. P. B. sentábanse en la habitación que daba al jardín, ocupando los miembros de aquélla los demás asientos.

---

(1) Segundo grabado de la lámina. *(Dirs.)*



H. P. B. trabajando en «La Doctrina Secreta», el año 1880, en Londres

Otras noches se traía la mesa pequeña de doble hoja, bien conocida, cubierta de bayeta, colocábase en el sitio que ocupaba la mesita redonda y en ella engañaba H. P. B. algunas horas haciendo solitarios ó jugando al *whist* (1).

Todos los retratos de H. P. B., excepto el que aquí reproducimos y otro, fueron sacados en horas determinadas, bien fuese en casa del fotógrafo ó durante las convenciones y demás reuniones. Pero ningún retrato suyo, mientras trabajaba, pudo obtenerse de ella hasta el año 1880, en que fué sacada, con consentimiento suyo, esta pequeña fotografía, precisamente en el



momento en que principiaba su labor diaria para el *Lucifer*, entonces en su infancia. Apenas salía de su habitación sentábase ante su despacho, en el que fueron principiadas la primeras páginas de *Lucifer* y escrita casi toda, si no toda, *La Doctrina Secreta*.

La pluma que tiene en la mano es una pluma de oro, americana, que le fué legada por un teosofista de Nueva York y fabricada por John Foley, nombre bien conocido de miles de escritores. La hoja de papel que H. P. B. tiene delante, es una hoja que forma parte de los manuscritos de *La Doctrina Secreta*, y otros

(1) Durante las varias temporadas que pasé en casa de H. P. B., jamás tuve ocasión de verla jugar al *whist* y sí entretenerse con el juego de los solitarios, particularmente antes ó después de comer. (*N. del T.*)

yacen al lado. La antigua y ancha blusa que lleva, era más cómoda que los vestidos de etiqueta, que, á pesar de su elegancia, despreciaba H. P. B. La célebre canastilla de tabaco de Matara está al alcance de su mano, y sobre la repisa de la pared se ve un pequeño elefante de mármol — emblema de poder y sabiduría —, regalo de un amigo.

La rodean los retratos de sus admiradores y discípulos de todas las partes del globo. Gustaba mucho H. P. B. poseer los retratos de sus amigos, y siempre los tenía cerca de ella, colocándolos en todas partes, según costumbre suya antigua.

Durante los primeros años de 1874-75, infinidad de retratos confundíanse unos con otros, y ella misma se ingeniaba en colocarlos en marcos y en colgarlos en las puertas y paredes. Rara vez salía de esa casa. En ella, por el espacio de algunos años, día tras día, abríase la puerta á todos los que llamaban. Sin embargo, jamás la desarmaron sus detractores en sus crueles sarcasmos y críticas, pero ella trabajaba sin cesar un instante, sentada ante su despacho, escribiendo, transcribiendo *La Doctrina Secreta*, acumulando un tesoro de conocimientos para aquellos que no se contentan con la superficie y apariencia de las cosas, ni se dejan arrastrar por el impetuoso torbellino de una civilización transitoria.

Tres años y medio después de haber sido sacada esta fotografía, la vestidura física de la que durante sesenta años tan buen uso hiciera H. P. B., fué abandonada por ella é incinerada en Woking.

THE WITNESS (EL TESTIGO)

(Traducido del *Path* de Mayo de [illegible])

NOTA DEL TRADUCTOR. Habiendo tenido la inmensa dicha de conocer personalmente á la que fué mi Maestro y de pasar repetidas temporadas al lado de H. P. B. en la casa para mí inolvidable que describe el autor del anterior artículo, puedo atestiguar la *absoluta exactitud de cuanto refiere aquél.*

¡Cuántas horas no he pasado sentado en *aquel* sofá al lado de H. P. B., escuchando sus enseñanzas y bebiendo sus palabras! ¡Horas que en mi *presente* existencia no volverán, pero durante las que he aprendido á ver aquello que ya jamás puede olvidar el hombre cuyo corazón haya vibrado siquiera un segundo al *unísono* con el de su Maestro!

J. X. M.

Agosto, 1911.



EL TAO-TEH-KING

DE LAO-TZE



CAPÍTULO XXXIII

La Virtud del Discernimiento.

El que conoce á los demás es inteligente, pero el que se conoce á sí mismo es iluminado.

El que conquista á los otros posee la fuerza, pero el que se conquista á sí mismo es el potente.

El que conoce el contento, este es el rico.

El que ejecuta, tiene voluntad; el que no conserva su posición, perece.

El que muere no perece, pues tiene vida eterna.

(Traducido por M. Treviño).

EL CATOLICISMO

Es el Cristianismo una religión nacida en Galilea hace cerca de veinte siglos, sobre las enseñanzas dadas por Jesús Cristo en oposición al sacerdocio judáico. A pesar de las persecuciones de los Césares y de las burlas y ataques de los retóricos y filósofos,

se difundió por todo el Imperio romano en el corto espacio de dos centurias, teniendo tal éxito, que el emperador Constantino, el vencedor de Licinio, consideró político y prudente declararse cristiano, y desde entonces se constituyó en protector de la religión que había sido perseguida por sus predecesores. De la palabra «Cristo», con que designaban á su divino Maestro, los cristianos derivaron su nombre y el de su doctrina. Esta última—dicen los primeros maestros de la Iglesia—pretencía el título de «Católica» juntamente con el de «Cristiana», por haber sido enseñada por el «Cristo», y el de «Apostólica» por haber sido predicada por los apóstoles del Cristo; porque, según Clemente de Alejandría, Orígenes, Atenágoras, Minucius Félix y Lactancio, al paso que el Judaismo era un culto particular, el Cristianismo es Catolicismo, es decir, Universalismo, recibiendo en la misma fraternidad á todos los hombres y naciones, y reuniendo en un cuerpo solo todas aquellas verdades que se hallaban distribuídas en diferentes sistemas filosóficos. San Agustín, en su *Ciudad de Dios* (X, 14), mantiene también esta interpretación de la palabra Catolicismo en el sentido de Universalismo, cuando escribe:

Lo que es hoy llamado Religión Cristiana, existía entre los antiguos, y nunca había dejado de existir desde el origen de la especie humana, hasta que, habiendo aparecido Cristo, se principió á llamar Cristiana la verdadera religión que había siempre existido.

Esta cita es un eco de lo que enseñaban los primeros instructores cristianos, Justino mártir, por ejemplo, que dice en su primera *Apología*, párrafo cuarenta y seis:

Cristo, el primogénito de Dios, es la Razón, el Logos, de quien toda la humanidad participa. Todos los que han vivido en conformidad con la Razón son Cristianos, aunque hayan sido considerados como ateos. Tales son, entre los griegos, Sócrates, Heráclito, etc.

Si los hubiera conocido, el mismo nombre hubiera aplicado á todos los grandes filósofos, iniciados y maestros de China, Persia, India, y de todas las naciones de Oriente y Occidente (1).

El Cristianismo, así considerado desde el punto de vista intelectual, era idéntico á lo que la Escuela de Alejandría, antes

(1) La palabra *Tao*, de Lao-Tze, puede traducirse por Logos ó Razón, según lo prueban el Dr. Paul Carus, Williams Eitel y otros.—*(La Dirección.)*

de Jesucristo, llamaba Teosofía; la sola autoridad intelectual tanto para Cristianos como para pre-cristianos; era la «Divina Sabiduría», la Luz de Dios que ilumina la razón humana. *La Primera Epístola de San Pablo á los Corintios,* con particularidad el capítulo XIV, atestigua esta actitud mental, por cuanto nos dice que el Espíritu de Dios es libre de revelarse á sí mismo. En efecto, no puede haber duda, desde el punto de vista teórico, que las revelaciones de Dios no están bajo el dominio de los hombres. Por ejemplo, vemos que San Pablo ordena á los Corintios conceder á los profetas completa libertad de hablar, aun en idiomas desconocidos, y el (1) *Didache,* XI, 7, dice que no se debe condenar ni aun juzgar á un profeta, bajo la pena de perpetrar un pecado imperdonable. Sin embargo, continúa el *Didache,* puesto que todo hombre que habla en nombre del Espíritu no está necesariamente inspirado por Dios, nos vemos forzados, por práctica necesidad, á juzgar á aquellos que pretenden poseer inspiración divina (*Didache,* XI, 8), y San Pablo también dice que los profetas necesitan ser juzgados (I, *Corintios,* XII, 10 y XIV, 29); que un verdadero creyente necesita «probar todas las cosas, manteniendo primeramente lo que es bueno» (I, *Tesalonicenses,* V, 21). He aquí la libertad intelectual de los primeros Cristianos, mas también el peligro. Según los documentos más viejos y auténticos relativos á la vida de la Iglesia primitiva, los profetas (los inspirados), son los «sumos sacerdotes de las comunidades cristianas» (*Didache,* XIII, 3). Ellos no necesitaban del derecho administrativo para el cumplimiento de las funciones litúrgicas del culto; celebraban la Eucaristía é improvisaban las plegarias que acompañaban á «la distribución del pan» (*Didache,* X, 7).

El Espíritu de Dios, inspirando directamente á todos los creyentes de cualquier raza y clase, era, en efecto, el cumplimiento de la promesa, la realización atribuída á Jesús (*San Juan,* XVI, 13); (*Hechos de los Apóstoles,* I, 8; II, 4; X, 44; XI, 15, etcétera). En esta primera constitución de la Sociedad Cristiana, la jerarquía local establecida, de ningún modo tenía el rango que se adjudicó después de ese remoto tiempo. El Espíritu Santo es quien elige, á voluntad, profetas y maestros, y les da autori-

(1) La Enseñanza de los doce Apóstoles, título del más viejo manual de la Iglesia, producción post-apostólica, que, después de haber estado perdido por ochocientos años, fué descubierto en 1875 por el obispo de Nicomedia, Bryennios.

dad sobre los fieles en todos los países y lenguas de la Iglesia Universal. En oposición á esos ministros itinerantes, los dignatarios locales de las comunidades son designados por y para la comunidad á que pertenecen; son elegidos por elección, en la cual todos los fieles participan (II, *Corintios*, VIII, 19; *Hechos de los Apóstoles*, XIV, 23; *Epístola de Ignacio de Antioquía á los Filadelfios*, X, 1; *A los Smyrniotas*, XI, 2; *A Policarpo*, VII, 2); ellos están subordinados á los ministros inspirados de la palabra, pudiendo ser sus delegados en la celebración de la Eucaristía y la presidencia de las asambleas el primer día de la semana. «Por esto es», dice el *Didache*, XV, 1, «por lo que los obispos y diáconos se precisan para desempeñar los diferentes ministerios, en ausencia de los ministros de la palabra». La verdadera especialidad de los obispos y diáconos—el *Didache* no menciona á los curas, ni especifica nada que se refiera á los derechos de diáconos y obispos—era una magistratura moral y caritativa, ayuda de los fieles de su propio grupo; no se trataba aún de una autoridad administrativa, sino más bien de un puesto de devoción y edificación; sólo la comunidad entera puede juzgar, excomulgar ó infligir pena á algún miembro de ella.

Tampoco era la Teología más oficial ó tiránica que la organización administrativa, en los primeros años de la Iglesia Católica. Cuando Noetus el herético, al final de la segunda centuria, es citado para comparecer ante los sacerdotes de Smyrna al objeto de dar cuenta de sus innovaciones, los sacerdotes le confrontan con su formulario tradicional, consistente en cinco ó seis breves artículos, y añaden sencillamente: «Nosotros enseñamos lo que hemos aprendido.» No hay especulaciones científicas, sino sólo la afirmación de la Paternidad de Dios, el Mesianismo de Jesús, el bautismo por el agua y el espíritu, la fraternidad cristiana, el perdón de los pecados por el arrepentimiento, y la vida eterna libre para todos.

En esta primera Cristiandad se admite universalmente que la Gnosis, ó ciencia teológica, es cosa diferente de la fe cristiana; así como no hay necesidad para un niño de conocer la fisiología de la mujer al objeto de conocer y amar á su madre, así tampoco hay necesidad de disecar el Infinito y de conocer la Cosmología y Teología escolástica, para creer que hay un Dios, Padre de la Vida, Fuente de toda belleza y virtud, amarle y saber que se manifestó en ese hombre ideal, Cristo Jesús, «ese

hombre aprobado por Dios, ese hombre con quien Dios estaba», como vemos sencillamente afirmaban los *Hechos de los Apóstoles*, II, 22; X, 38. No deseaban los Apóstoles ó predicadores ni los primitivos maestros convertir la Iglesia Cristiana de una obra puramente religiosa y social, en una Escuela de Filosofía. Eran los láicos, filósofos de profesión, quienes, en defensa de la Cristiandad como sociedad, en nombre del derecho y la razón humana, deseaban también glorificarla como filosofía religiosa, y la encauzaron primero por las vías de la dialéctica y luego por las de la exégesis. Ciertamente que no fué la jerarquía religiosa quien tomó esta iniciativa de la ciencia humana; sólo en época posterior, cuando las sutilezas del espíritu griego principiaron á turbar la fe de los hombres de corazón sencillo, fueron las jerarquías eclesiásticas (sobre las cuales había caído todo el peso de la Cristiandad por la desaparición de profetas inspirados), inducidas á mezclarse en esas discusiones científicas, y luego, creyendo poner fin á todo desacuerdo, trataron de sustituir la ciencia por la autoridad y explicar administrativamente cuestiones que no eran administrativas por su naturaleza.

La conversión del emperador Constantino estaba destinada á realizar—como lo hizo—esta perversión de la sencillez original. En el año 325 de nuestra era, con el fin de poner coto á las discusiones de los cristianos sobre la divinidad de Cristo, reunió en Nicea, en la Bitinia, un cierto número de obispos, 200 al principio, aunque finalmente se contaron 318 de un total aproximado de 1.500 que constituían la sociedad cristiana de ese período. Los decretos de ese Concilio, sancionados por el emperador, dieron comienzo á la Teología oficial, absolutamente añadida al Cristianismo primitivo y, por consiguiente, en lugar de atribuir el título de Católica á la doctrina universal que sumarizaba en un sencillo método de instrucción las verdades contenidas en todas las religiones, este mismo Concilio decretó—á semejanza del Imperio Universal, el de Constantino—una Iglesia Universal (en griego la traducción de la palabra universal es católico), constituída por los obispos, cuyas funciones durante los pasados diez años y cuyas doctrinas desde aquel día fueron oficialmente reconocidas por el emperador universal ó católico. Los 318 obispos que en Nicea, asumieron el título de Iglesia Católica no se habían imputado la infalibilidad; este fué un paso dado más tarde y se contentaban con fulminar anatemas

contra los que no acataban su Teología. Como un gran número de Concilios, subsiguientes al de Nicea, exponían doctrinas contradictorias, incluyendo los Concilios llamados «ecuménicos» (otra palabra griega que significa católico ó universal), el último de ellos reunido en Roma en el año 1870, restringió la pretensión de infalibilidad al obispo de Roma, al Papa, hablando *excathedra*, es decir, como explica el Concilio, dirigiéndose como Soberano Pontífice á todos los fieles de la tierra y ordenándoles, bajo pena de anatema, creer cualquier doctrina que él defina en términos expresos como parte de la fe Católica. El presente Papa, Pío X, por la autoridad del mismo Concilio, considera á los obispos todos del mundo católico como delegados suyos, y ellos reconocen ser sencillamente sus vicarios, sin otro derecho ó autoridad que la que en su soberana autoridad le place concederles. Los sacerdotes, á su vez, dependen en absoluto de los obispos, al paso que los fieles no tienen ninguna clase de derechos en la vida de la Iglesia; sólo tienen el deber de la fe ciega y la obediencia.

En el siglo XX esta es la nota característica de los Cristianos que se atribuyen el título algo contradictorio de Católicos Romanos (Católico significa Universal, y Romano es un particularismo), y que por costumbre son llamados también sólo católicos. Una comparación real del presente estado del Catolicismo con su punto de partida, aun con la época del Concilio Imperial de Nicea, y aun mejor con el Concilio Apostólico á que se refiere el Nuevo Testamento *(Hechos de los Apóstoles*, XV), hace ver que la diferencia es tan seria como innegable. Hasta la Edad Media no principió la evolución que culmina en la autocracia papal del tiempo presente.

La palabra «papa» es una palabra latina, que significa solamente «padre»; al principio todo obispo, y aun todo sacerdote, asumía ese título. En el siglo VIII, el obispo de Roma no tenía título particular; Juan VIII fué el primero que en los Concilios de Pavía y Roma, en los años 876 y 877, fué llamado primero «Papa universalis» por sus sufragáneos italianos. Arguyendo á Juan, patriarca bizantino, que se llamaba á sí mismo obispo Universal; San Gregorio el Grande (años 590 á 604) había rechazado ese título, que consideraba como opuesto á los derechos de todos los obispos.

Por la fuerza de las circunstancias, tanto como por humana

ambición, gradualmente se constituyó la supremacía del Papa de Roma. En primer término influyó la lucha de los europeos occidentales contra las pretensiones de Constantinopla, que había pasado á ser la residencia del emperador; luego la necesidad de establecer en Occidente una organización eclesiástica capaz de imponerse á los bárbaros, en sustitución de la jerarquía política que habían ellos destruído; también la tradición que veía en Roma, mucho antes de Jesucristo, la capital del mundo; la difusión del cristianismo operada en Europa por misioneros latinos; más tarde el apoyo y luego la oposición de los emperadores europeos ungidos desde Carlomagno por el obispo de Roma; y, últimamente, lo más importante de todo, la predicación, enseñanza teológica y poder disciplinario de las Congregaciones religiosas, sobre todo la más reciente de los Jesuítas que, con gran habilidad y eficacia, más que la misma Inquisición, pusieron todo lo que se refería al orden social y político ó á la tradición religiosa, bajo la absoluta autoridad del Papa, con el pretexto de que defendían así al Catolicismo contra el Protestantismo y la Francmasonería.

Consecuencia de todo ello es que, encarnado en los hombres que lo representan, el Catolicismo ha llegado á ser considerado en el espíritu público como la personificación del Absolutismo religioso, como el Zarismo lo es del Absolutismo político; al paso que la ley del primitivo Cristianismo de San Pablo y de San Juan, era la ley de libertad y fraternidad universales: «Dios, padre de todos los hombres, que son hermanos, como hijos del mismo Padre universal (en griego, católico).»

Tal como está hoy constituída, la Iglesia Católica es una Escuela Teológica, una jerarquía administrativa de tipo sumamente absolutista; ha suprimido casi, ó por completo, esa variedad de interpretación bíblica y de opinión escolástica que daba interés y vida al estudio religioso del tiempo de Tomás de Aquino y Buenaventura; ha degradado los Misterios, haciendo que de ellos participen hasta niños pequeños, é impone al intelecto la errónea interpretación del vulgo y aun su completa falta de comprensión. Sin embargo, para los espíritus finos y capaces de ver el significado secreto, oculto tras de las formas y fórmulas, la tradición católica, aun en el presente tiempo, ha conservado las revelaciones de la Divina Sabiduría, y la liturgia de los ritos diversos; ha conservado, juntamente con el ascetismo pal-

quico, los sacramentos ó instrumentos sagrados de Unión y Comunión con Dios.

Dr. Ella.

(Traducido de *The Theosophist* por J. Garrido.)

(Continuará.)

LAS PEQUEÑAS PREOCUPACIONES

El cuerpo astral de un hombre que no se eleva sobre el nivel ordinario de la generalidad de las personas, determina pocoña impresión en el clarividente que le contempla. La figura de la lámina XXIII, en la obra *El hombre visible é invisible,* nos ilustra respecto de lo que puede ser dicho cuerpo; esto es, una simple reflexión de los colores del *mental,* lo que indica que el individuo inclínase á seguir el criterio que su razón le señala.

Otra figura de la misma obra (lámina X), nos detalla la disposición de colores característicos de un cuerpo astral en estado de relativo reposo; quietud moral que ya es demasiado pedir al antes dicho nivel de las personas vulgares. En esta figura observaremos entonaciones de color reveladoras de la existencia de defectos de carácter, de psicológicas imperfecciones, que conviene desarraigar, y cuanto antes mejor. De semejante asunto ya me he ocupado en la citada obra, y ahora quiero atraer hacia otro punto vuestra atención.

He dicho que la figura X, representa un cuerpo astral ordinario y de poco desarrollo, cuando está en relativa condición de quietud; pero es el caso que uno de los numerosos defectos que distinguen á lo que hemos convenido en llamar «nuestra civilización», es, precisamente, lo rarísimo que resulta un cuerpo astral que pueda estar en reposo. Se comprende, sin esfuerzo, que su materia constitutiva no cese de vibrar ni un instante, y cada uno de los colores cuya reproducción observamos en la figura, indica un diverso modo de vibración. De todas suertes, el conjunto de vibraciones tendrá que estar sometido á un cierto orden y disposición, y existirán determinados límites para este estado. El hombre de mayor desarrollo moral (lámina XXVI), denota cinco modos de vibrar, en el hombre ordinario aparecen lo menos nueve, con una mezcla de sombras de varia-

dad extrema. Sin la menor duda, en este caso la situación del astral no es tan satisfactoria como la del otro; mas no debe olvidarse, que el mayor número de los *occidentales* aún se encuentran en peores condiciones, pues si el hecho de estar dotado de nueve maneras de vibrar ya no significa nada bueno, júzguese lo que podría pensarse de muchos hombres y mujeres provistos de cuerpos astrales en los que se pueden observar cincuenta, y hasta cien movimientos distintos.

El cuerpo astral debiera estar dividido en porciones claramente limitadas, oscilando regularmente cada una á su manera normal; pero en vez de ocurrir tal cosa, lo que se ve es una superficie confusa, de ordinario disasociada en multitud de pequeños torbellinos y corrientes que se cruzan y entrechocan en el más desordenado desconcierto.

Semejante cosa proviene de ciertas pequeñas y estériles emociones, y de los quebraderos de cabeza que preocupan y absorben al hombre vulgar de Occidente. Aquí, el individuo se intranquiliza por éste ó aquel otro motivo; le tortura tal ó cual idea; teme lo que resulte de aquel otro asunto y, en suma, ve su vida toda colmada de mezquinas emociones en las que gasta las energías morales del sér. Una emoción grande, intensa, sea buena ó mala, conmociona totalmente el cuerpo astral del hombre, y durante cierto tiempo, le supedita á un modo determinado de vibrar; las pequeñas torturas del alma, en cambio, crean vórtices ó centros de alteraciones locales, que persisten durante muchísimo tiempo.

El cuerpo astral vibrando de cincuenta modos diferentes á la vez, resulta algo así como una fea mancha en un paisaje; algo que repugna á los que lo ven de cerca. No tan solo es una horrible cosa por su aspecto, sino que también constituye un serio inconveniente. Puede compararse á un cuerpo físico atacado de singular parálisis, de grave especie, en la cual es víctima todo el sistema muscular del organismo, de una anárquica simultaneidad de movimientos en todas direcciones. Y para hacer esta comparación aún más exacta, tendríamos que suponer que tal parálisis resulta contagiosa, de modo que cualquier individuo que contempla sus deplorables manifestaciones, siéntese insensiblemente llevado á reproducirlas, dado que semejante y espantoso caso astral produce, efectivamente, una sensación mortificadora, y causa perturbaciones en los sensitivos que se le acer-

nan, infectando sus cuerpos astrales y comunicándoles penosas sensaciones de agitación y de sufrimiento.

Muy pocos son los que han desarrollado en sí las aptitudes que permiten observar esta malhechora influencia en acción. Muchísimas personas tienen, sí, vaga impresión de malestar cuando se acercan á individuos de la señalada clase; pero la mayoría de las gentes, nada anormal experimentan, á buen seguro, en el instante de encontrarlas, si bien luego, durante el día, podría esperarles la sorpresa de verse acometidos por una inexplicable fatiga. Entonces ya se revelan los efectos del mal causado, sea, ó no, sentido en el propio instante de su transmisión.

La persona que arrastrada por sus ímpetus comete la locura de caer en semejante estado de perturbación, hace daño á muchos, y más aún á sí mismo. Con frecuencia estas perpetuas conmociones astrales influyen á través del cuerpo etéreo sobre el organismo físico, y entonces sobrevienen, á modo de consecuencia, toda especie de enfermedades nerviosas. Así casi todas las neurosis son el resultado directo de preocupaciones ó de emociones innecesarias, y muy pronto desaparecerían si el paciente hiciera por mantener sus vehículos en reposo y su alma en paz.

Aun en los casos en que el cuerpo físico bien robusto es capaz de resistir á la continuada irritación proveniente del astral, los efectos en su propio plano no son menos desastrosos. Esos pequeños centros inflamatorios que recubren toda la superficie del segundo, vienen á ser para él lo que los diviesos para el otro. No sólo causan un dolor agudo en los sitios afectados, sobre los cuales el menor roce determina una real y dolorosa sensación, sino que, además, constituyen puntos débiles, donde el fluído vital no circula y por donde pueden penetrar los venenos de lo exterior. El individuo en quien el cuerpo astral está en tales condiciones de perturbación, no puede ofrecer, prácticamente, alguna resistencia á los influjos perniciosos con que tropiece, y queda incapacitado para aprovechar los buenos. En semejantes circunstancias, ninguna persona puede servirse de su cuerpo astral ni gobernarle por entero, y deja que se fraccione en multitud de centros separados, que son los que le rigen. Intensificando su poder, los cuidados y vejatorias preocupaciones de la vida se transforman en una legión de demonios que se apoderan de la víctima, hasta el punto de que ésta ya no podrá desprenderse de ellos.

Tan penosa condición es cosa frecuente en el mundo. ¿Cómo se evitará la desgracia de caer en ella? Y si se ha caído ya, ¿cómo se puede romper el yugo? Una sola respuesta satisface á las dos preguntas, y es: que aprenda el hombre á no preocuparse y á no temer las consecuencias que le pintan las preocupaciones y los disgustos; que sepa darse cabal idea del poco valor que tienen esas pequeñeces personales que enturbian sus perspectivas; que reflexione lo que le parecerán vistas en su próxima existencia, ó aun en la misma de ahora, pasados veinte años, por ejemplo: que no permita llegar á su corazón otras palabras de sabiduría que éstas, referentes á las cosas exteriores que nos afectan: «Nada tiene mayor importancia y casi todas las cosas no tienen ninguna.» Sus propias acciones, palabras y pensamientos, tienen, sí, valor, puesto que engendran su porvenir; pero lo que otros hagan, digan y piensen, ninguno tienen para él. Preciso es que no pare mientes en toda esa multitud de alfilerazos de su vida cotidiana, y que, de ningún modo, se deje mortificar por ellos.

Lo primero que necesita es una firme resolución, puesto que requiérese una llamada á todas las energías para desembarazarse de una costumbre tan mala como inveterada. Su mental murmurará continuamente: «Fulana se ocupa mal de mí; puede ser que ahora mismo lo está haciendo; esto quizá me traiga algún disgusto», y así mil otras cosas. Pero él debe replicar: «Fulana y sus dichos me tienen sin cuidado; únicamente me apena que esa pobre mujer de esta suerte se labra un tan mal Karma. En manera alguna estoy dispuesto á pensar en lo que haga ó diga esa señora. Yo tengo bastantes cosas de que ocuparme, y no dispongo de tiempo para malgastarlo en ridículas parloterías.»

Ocurre, igualmente, que los presagios de un mal futuro asaltan al pensamiento. «Pudiera suceder que el año venidero pierda mi buena posición. Pudiera ocurrir que muera de hambre. Puede ser que me vea obligado á declararme en quiebra. Puede que pronto pierda la estimación de mis amigos.»

Entonces, quien se vea sitiado por tales preocupaciones, debe responderse: «Todas estas cosas sí podrán suceder, pero también puede ocurrir que no sucedan. De todas formas, me parece tonto pensar en la manera de pasar un puente antes de que llegue la ocasión de pasarlo. A mí cuidado queda el de tomar las

precauciones convenientes, mas después de hecho así, no quiero volver á acordarme de semejante cuestión. Las mortificaciones que sufra no ejercerán ninguna influencia capaz de evitar lo que pueda ocurrir; en cambio bastan, sí, para llevarme al extremo de no saber ni poder afrontarlo en los momentos del peligro. Por consecuencia, cierro mis oídos á toda preocupación y me desentiendo en absoluto de su poder de mortificarme.»

Otra forma muy corriente de las preocupaciones cotidianas, que produce graves consecuencias, es esa estúpida tendencia á ofenderse por lo que alguien haga ó diga. Por regla general, bastaría el sentido común para cohibir tales desvaríos del criterio, y, sin embargo, son muy pocos los que saben realizarlo. Trátase pura y simplemente, de pensar un poco en el asunto con la necesaria frialdad, y entonces veremos que lo que otras personas digan ó hagan, no puede afectarnos de ninguna manera. Si se ha dicho algo que hiera á nuestros sentimientos, podemos estar seguros que de cada diez casos, en nueve no existió la intención de molestarnos. ¿Por qué, pues, nos hemos de preocupar y entregarnos á darle vueltas al incidente? Aun en aquellas raras ocasiones en que la objeción resulta premeditadamente impolítica, cuando el hombre dice cosas que tienen por objeto herir la susceptibilidad de otro, resulta una insensatez el hecho de dejarse llevar por los deseos de tomar el desquito. Si realmente lo dicho, dicho fué con enconada intención, procede, antes que nada, que compadezcamos á nuestro ofensor, puesto que ya sabemos cómo según lo decretado por las leyes de la justicia divina, él, solamente él, pagará las consecuencias de sus desaciertos. En cuanto á lo que diga de nosotros, en modo alguno debe preocuparnos, porque si bien lo reflexionamos, se verá que sus palabras no pueden producir ningún efecto.

No existe frase nacida de la cólera que pueda herirnos de cualquier modo que sea, hecha excepción de la eficacia que nosotros mismos le concedamos en la medida de la importancia que le damos, ó consintiendo que nos venga á vulnerar en lo más íntimo de nuestra manera de sentir. ¿Qué valen, ciertamente, las palabras de cualquiera para que lleguen á alterar nuestra calma de espíritu? No son, en suma, otra cosa que una vibración del aire, y si no las hubiéramos oído ¿podrían habernos alterado? La certidumbre innegable de estos hechos, prueba que no son las palabras las que nos hieren, si no es en la circunstancia de

que nosotros las oigamos. Por consecuencia, cuando nos preocupa lo que éste ó aquel otro hombre de nosotros dice, nosotros, y no él, somos los responsables de la perturbación introducida en los dominios de nuestro cuerpo astral.

Nada puede hacer ningún hombre que tenga la facultad de causarnos perjuicio. Si nos sentimos heridos é injuriados, y por ende, nos atraemos una larga sucesión de disgustos y mortificaciones, á nosotros debe echarse la culpa y no á nadie más. Si en nuestro cuerpo astral se originan perturbaciones producidas por lo que se haya dicho de nosotros, es, pura y simplemente, porque aún no regentamos los movimientos de dicha organización; porque aún no hemos desarrollado en nuestro sér la calma que nos hace aptos para mirar las cosas desde arriba, *como miran las almas*. Es necesario continuar nuestro camino; ocuparnos de nuestra labor personal, sin prestar atención á los reparos que vayan poniendo, ni á las observaciones estúpidas é ingratas que fueren presentando, las personas que nos rodean.

Existe otra variante de esta dolencia moral, que resulta menos personal y, por lo tanto, menos digna de censura, pero de todas suertes, igualmente dañina á nuestros progresos: trátase de la costumbre de preocuparse por las bagatelas de los negocios mercantiles ó de las cosas de la casa. Semejante proceder revela siempre una falta de discernimiento y de perspicacia. Ciertamente que en la esfera de nuestra vida particular, conviene que los asuntos estén ordenados; todo debe efectuarse con precisión y puntualidad; mas el modo de hacer las cosas de la mejor manera, depende de poseer un ideal elevado para seguirle con firmeza, y aplicarse con constancia á la realización de los proyectos que se piense desarrollar, no incurriendo en la desatinada conducta de promover estériles perturbaciones con la continuada conmoción de lo que incesantemente se toma y se deja sin resultado.

Quien fuere desgraciado hasta el punto de ser víctima de una debilidad de esta especie, deberá hacer los mayores esfuerzos para vencerla, porque solo así podrá librarse de ser una fuerza activa actuando en pro de las luchas, y no en beneficio de la paz; entonces lo útil de su acción en el mundo resultará bien poca cosa. Los síntomas de semejante estado psíquico, difieren muy poco de los del perturbador por convicción, y en este caso especial se origina un retardamiento de los vórtices que apare-

cen en forma de *carbunclos;* más existe un temor, una agitación constante, de todo el cuerpo astral, tan perjudicial para los de las personas inmediatas, como destructor de la dicha y del adelanto psíquico de este desventurado *agua-fiestas*.

El hombre debe adiestrarse en la supeditación de las ideas y sentimientos que el Yo superior no pueda sancionar. Un caso de mezquinas emociones como el antes descrito, no es cosa digna de un sér que razona, y bien poco reputa al hombre que, guardando en su seno la chispa de la divinidad, se hunde en la esclavitud al elemental del deseo, es decir, de algo que aún es menos que el mineral. Ya queda dicho cómo esta desastrosa condición astral es, con frecuencia, dañina para la salud del cuerpo físico; pues bien, aún ocasiona peores resultados en lo relativo á nuestro avance por el Sendero. Bajo este aspecto, su acción es absolutamente fatal.

Una de las primeras lecciones que, caminando por el Sendero se aprenden, es la perfecta gobernación de sí propio, y en el largo trecho de camino que á él conduce, es necesario que el hombre se vea libre de torturas. Primeramente, por el solo influjo de la costumbre adquirida, la materia astral se desprenderá con rapidez de sus perjudiciales torbellinos, y en cada momento, la persona debe esforzarse para atenuarlos y adquirir una oscilación metódica de sus sentimientos, que sea digna de un Ego.

Procure el hombre dejarse penetrar, entonces, por el divino amor; procure estar siempre dispuesto á difundirle á su alrededor bajo la forma del amor á sus hermanos y compañeros, y así no habrá en su sér cabida para las inútiles vibraciones. Entonces no quedará tiempo para entregarse á las mortificaciones de todas esas personales minucias á que hemos aludido, si toda la vida del sér se consagra al servicio del Logos y se entrega á la obra de coadyuvar á la evolución del mundo.

Para que el hombre efectúe positivos progresos y para que cumpla su verdadera misión, debe partir de abajo y marchar siempre hacia arriba. Debe comenzar la marcha en nuestro mundo, avanzando para penetrar en otro superior; debe pasar de las agitaciones de la vida mundana á las regiones de la Paz que está por encima de toda comprensión.

C. W. Leadbeater

(Traducido por A. R. Aldao.)



SU MAESTRO

EL calor era terrible en la llanura. El viento tan caliente que parecía surgir de la misma boca del infierno: barría el árido desierto levantando al aire la fina arena.

Esta ardorosa y pesada atmósfera vibraba alrededor de un solitario viajero que proseguía su camino sin prestar mucha atención á ello; tan solo levantó los ojos cuando una ráfaga más violenta que las demás, ocultó á su vista los montes hacia donde se dirigía. Hacía muchos días que viajaba, y ahora se aproximaba al fin de su peregrinación; lo único que le preocupaba era si tendría éxito en alcanzarlo. Hacía mucho que su botella de agua estaba vacía, sus provisiones se habian agotado; y el polvo que le cegaba, el sol abrasador sobre su cabeza y la ardiente arena bajo los lacerados pies, le habían reducido á un deplorable estado de cansancio, mientras que cada bocanada del calentísimo aire se añadía á su tortura y parecía abrasarle los pulmones. Y aún obligaba á su cuerpo á seguir adelante. No había allí ni una sombra donde guarecerse, ni un vestigio de habitación humana, ni un signo de vida en ninguna forma, salvo un solo buitre que suspendido en lo alto, seguía los vacilantes pasos del viajero, esperando un festín. Pero éste nunca levantaba la cabeza; seguía adelante con los ojos fijos en su destino.

Al fin llegó al pie de la cordillera, pero halló con desesperación que sus fuerzas eran incapaces de sobrellevar la tarea de ascender. Se echó al suelo exalando un grito de amargura, y cubrió su cabeza con el manto resignado á morir. Cuánto tiempo estuvo allí, sumergido en estupor, no pudo saberlo, pero, al fin, volvió en sí al contacto del agua en las cejas y los labios; abrió los ojos y vió, á la luz de la luna, un hombre de venerable aspecto inclinado sobre él. Este llevó el agua á los labios del paciente, y cuando hubo bebido de un sorbo el contenido de la

taza, lo estrechó cariñosamente en sus brazos. Refrescado por esta bebida, y ayudado por su bienhechor, nuestro peregrino fué capaz de subir la montaña y penetrar en la morada del recluso para reunirse con Aquel por quien había venido desde tan lejos y tanto había sufrido. Tan pronto como se hubo bañado y hubo comido las sencillas provisiones que le sirvió el ermitaño, se echó á dormir y permaneció inconsciente durante algunas horas.

Cuando despertó estaba ya muy avanzado el día. Se levantó, se bañó de nuevo en el manantial que brotaba de la montaña, y fué en busca del ermitaño á quien halló sumergido en la meditación.

«¡Oh mi amigo, conducidme á mi Maestro!—exclamó el joven.»—«Deseo unirme á Él; he venido de lejanos países, porque se me dijo que vos podíais ayudarme á conocerle.»

El asceta levantó los ojos y dirigió al joven una escrutadora mirada, tan penetrante, que parecía leer en su propia alma. Por alguna razón el joven empezó á sentir temor, pero se mantuvo firme, y repitió su petición.

«Mi Maestro, mostradme á mi Maestro.»

«Sí, venid conmigo.»

Entraron en una gruta, y cuando llegaron al fondo de la misma, el ermitaño tocó una piedra que giró sobre sí misma, descubriendo una pequeña abertura por la que el joven debía penetrar. Así lo hizo, y se halló en una cueva pequeña y hermosa, completamente adornada de estalactitas del blanco más puro, de cuyos cristales emanaba una luz de la que él era incapaz de comprender el origen. Tan pronto como estuvo sólo, la luz desapareció, y en actitud de meditación esperó la llegada de Aquel á quien buscaba, porque tenía completa confianza en la palabra del asceta.

Con la mente fija, concentrada y atenta, miraba en la oscuridad que, á medida que pasaba el tiempo, le parecía menos densa. Era como si ante él se fuesen levantando un velo tras otro, y esperaba ansiosamente el momento en que desapareciese el último. La luz iba siendo cada vez más intensa, y comenzó á ver los primeros rasgos de una figura que fué cada vez más distinguible.

Al fin quedó sin velo ante él: pero ¿era aquélla la figura de Aquel á quien esperaba ver? Era hermosa en verdad, majestuosa en forma y belleza, pero fría, severa, inflexible. En aquella

expresión no había compasión ninguna; tan solo un intenso deseo de alcanzar y retener cuanto podía. Allí no había sensualidad, nada que indicase la preponderancia de la naturaleza inferior, pero el sublime egoísmo repelía al joven, que de nuevo lanzó un grito de desesperación. En el mismo momento la luz desapareció, y el ermitaño abrió la puerta y le condujo á la luz del día.

Un torrente de reproches cayeron sobre él: «Me habéis engañado, os habéis burlado de mí, me habéis hecho ver un monstruo, y no el objeto de mi amor y devoción. ¿Cómo os atrevéis á jugar con un alma que se dirige á vos para que la ayudéis, y os burláis de la confianza que en vos ha puesto?»

El asceta permaneció tranquilo ante el joven, que se hallaba extenuado, y le contestó dulcemente:

«¿Qué me habéis pedido que os enseñase?»

«Mi Maestro, el Sér ideal á quien amo y reverencio.»

«Y yo he cumplido vuestro deseo. ¡Callad, no me interrumpáis!

»Joven, sóis vos que habéis engañado á vuestra alma. Mientras con la palabras pretendíais reverenciar al gran Maestro de compasión, en realidad, vivíais para vuestro yo separado. ¿Cómo aspiráis á presentaros ante Él, mientras sóis esclavo del egoísmo? No os atraen, en verdad, las cosas más bajas é inferiores que atraen al hombre vulgar, sino las más sutiles y peligrosas formas de poder que tratan de alcanzar todo bien espiritual para sí misma, sin ocuparse de los sufrimientos y necesidades de los demás, menospreciando igualmente el deber en el fiero y ardiente deseo de libraros del sufrimiento. Os he mostrado al Maestro á quien servís. Volved al mundo, y cuando os hayáis librado de los lazos que os esclavizan, venid de nuevo, y Dios permita que podáis ser lo suficientemente puro para ver al Maestro á quien queréis servir.»

Humillado y avergonzado, el joven se inclinó ante el asceta, y se marchó hacia el desierto que había atravesado con tan halagüeñas esperanzas el día anterior.

* * *

Pasaron años. De nuevo podía verse una solitaria figura que caminaba hacia los montes. En la bien conservada faz del via-

jero no quedaba ya ninguno de los signos de la ardorosa juventud, pero reflejaba una luz de paz y amor, que hacía brillar su continente con la belleza de un alma purificada.

Llegó á la cabaña y saludó respetuosamente al asceta, cuyo aspecto había cambiado grandemente con el transcurso de los años. Inclinándose ante él, le suplicó:

«Mostradme al Maestro á quien en otro tiempo quise ser digno de servir.»

Una sonrisa de simpatía y amor infinitos brillaron en la cara del ermitaño, quien contestó:

«Hijo mío, nadie puede mostraros al Divino Maestro bajo cuya tutela habéis de ser conducido y desarrollado. Él mismo se revelará á su discípulo; ningún otro sér tiene el derecho de intervenir en la sagrada relación entre Guru y Chela. Un extraño no puede tomar parte en este goce. Todo lo que puedo hacer, es conduciros de nuevo á la gruta de meditación, y rogar que podáis hallarle.

»Pero bañáos, refrescáos y descansad antes de entrar.»

«¡No, oh santo! Deseo bañarme y purificarme del polvo del viaje, pero mi ansiedad por ver á Aquel que ha de ser mi guía es mayor para mí que la necesidad de comer y descansar. Os ruego que me déis la segunda oportunidad.»

En poco tiempo pasó de nuevo la puerta secreta y penetró en la cueva de estalactitas de la que emanaba la misteriosa luz.

De nuevo quedó sumido en tinieblas, y el devoto permaneció prosternado en silenciosa expectación. Le invadió una sensación de paz y esperanza, y pronto empezó á oir los primeros acordes de una música celeste, mientras la cueva se llenaba con los más sutiles y delicados perfumes. A medida que la música se acercaba, los velos de tinieblas fueron desapareciendo, y una figura se hizo gradualmente visible...

Esta vez no hubo ninguna impresión de choque ó de desengaño; tan sólo el amor, el respeto y la devoción más intensas. La sensación misma desapareció, porque el alma del devoto fué atraída á la conciencia del Bienaventurado, en la gloria que trasciende al sentimiento, en la paz que es superior á toda comprensión.

Las palabras no pueden expresar la majestad de la forma, la celestial belleza de las líneas, la gloriosa luz que fluía de aquel rostro, que expresaba el amor, la compasión, la paz y el poder

más elevados. El éxtasis de la visión puede tan sólo comprenderlo el alma cuando se sumerge en el espíritu y se pierde en el Uno.

Al fin, estas palabras se deslizaron cariñosamente en el oído del devoto: «Márchate, mi discípulo, hijo mío; márchate de nuevo al mundo, y ejecuta mi labor: ayuda á mis hermanos más jóvenes. Yo estaré siempre contigo; nunca en tus momentos de mayor perturbación, en tus más grandes necesidades, perderás el recuerdo de mi amor.»

* * *

Pasaron años. Una vez más subía los montes un viajero. Sus ancianas piernas apenas podían sostenerle para ascender la pendiente. Llegó al fin á la cueva, y á la entrada encontró á su antiguo amigo y guía, que evidentemente iba á morir.

«Habéis llegado á tiempo, hijo mío—dijo—. Estaba esperando la venida del que ha de encargase de este depósito sagrado. Ahora puedo abandonar mi cuerpo en paz.»

Con débil acento, el asceta le explicó los deberes del guardián del santuario y le instruyó en los misterios de la cueva de meditación. Entonces el moribundo extendió las manos sobre la cabeza inclinada del discípulo, bendiciéndole, y el alma del guardián pasó á la luz, dejando, para que cumpliese sus deberes, á aquel que había alcanzado el privilegio de servir á la Humanidad y de reverenciar á su Maestro.

Kate BROWNING (M. A.)

(Traducido del inglés por Carmen Mateos)

Comentarios á "La Voz del Silencio,,

(Á GUISA DE PRÓLOGO)

NOTAS SOBRE EL PREFACIO

HASTA si lo consideramos superficial y por completo en su aspecto físico, *La Voz del Silencio* es uno de los libros más notables que existen en la literatura teosófica, lo mismo si examinamos su contenido, su estilo ó su origen; y cuando meditamos ahondando un poco é invocando en nuestra ayuda la facultad de la investiga-

ción clarividente, nuestra admiración en nada disminuye. No se crea por esto que vamos á incurrir en el error de considerarla como una escritura sagrada en la que todas sus palabras deban aceptarse sin discusión alguna, pues no es menos cierto que tal y como nosotros la vemos ahora, contiene algunos pequeños errores y equivocaciones que se han deslizado en su texto; pero quien lo considere de otro modo puede caer en apreciaciones inversas y no menos equivocadas.

Siempre fué Mme. Blavatsky muy propensa á admitir y hasta á exagerar el hecho de que en sus obras había inexactitudes. Y en los primeros tiempos, cuando tropezábamos con alguna referencia suya que no podía ser particularmente comprobada, nos inclinábamos naturalmente á creer que quizá se trataba de una de esas inexactitudes, y nos sorprendía que muchas veces un estudio ulterior nos hiciera ver que Mme. Blavatsky estaba en lo cierto. Así es que ahora, aleccionados por la experiencia, somos mucho más cautos en esto, y hemos aprendido á confiar en su extraordinariamente amplio y minucioso saber en toda clase de asuntos poco conocidos. Sin embargo de esto, no hay motivo para suponer que una simple errata de imprenta pueda encerrar un sentido elevado, como muchos crédulos estudiantes han hecho, y no vacilamos en admitir el profundo saber en materias ocultas de nuestro gran fundador, lo cual no es óbice para que no haya incurrido en algunas incorrecciones ortográficas, al tratarse de voces tibetanas y hasta de errores en el inglés.

Sobre el origen del libro nos da algunas noticias en el prefacio, cuya información, á primera vista, implica grandes dificultades, pero con el fruto de recientes investigaciones resulta mucho más comprensible. Mucho de lo que escribió ha sido, por lo general, entendido según aquel amplio criterio que se propuso, y en este sentido se la hace aparecer como yendo más allá de sus extravagantes pretensiones; pero cuando se comprueban los hechos se ve lo gratuito que es este cargo. Ella dice:

«Las siguientes páginas son entresacadas del *Libro de los Preceptos de Oro*, una de las obras que figuran en manos de los estudiantes de Misticismo en Oriente. Su conocimiento es obligatorio en aquella escuela, cuyas enseñanzas son admitidas por gran número de teosofistas. Así es que, como muchos de estos preceptos los sé de memoria, su traducción ha sido para mí un trabajo relativamente fácil.»

Y más adelante:

«La obra á que pertenecen los fragmentos que aquí traduzco, forma parte de aquella misma serie de la cual han sido sacadas las estancias del *Libro de Dzyan*, en la que está basada *La Doctrina Secreta*.»

También dice:

«*El Libro de los Preceptos de Oro*..... contiene unos noventa pequeños tratados distintos.»

En aquellos primeros días en que leía allí mucho más de lo que ella quiso expresar, suponía que esta obra estaba en las manos de *todos* los estudiantes del Misticismo en Oriente, y que «la escuela en la cual su conocimiento es obligatorio» significaba la escuela de la Gran Fraternidad Blanca. De aquí que cuando traté con ocultistas avanzados que nunca habían oído hablar de *El Libro de los Preceptos de Oro*, me sorprendió esto mucho, y hasta me inclinaba á desconfiar de ellos, dudando si habrían seguido en todo el camino debido; pero desde entonces he aprendido mucho, y entre ello á ver las cosas con mayor amplitud que en un principio.

Con el tiempo también logramos algunos informes referentes á las *Estanzas de Dzyan*, y lo que supimos de ellas y su origen único, nos demostró claramente que ni *La Voz del Silencio* ni ningún otro libro podía tener en un sentido real el mismo origen que aquéllas.

El original del *Libro de Dzyan* se halla en las manos de la augusta Cabeza de la Jerarquía Oculta en Shamballa, y nadie lo ha visto. Nadie conoce su antigüedad; pero se dice que la primera parte (las seis primeras estancias) es anterior á este mundo, y hasta que no es una historia, sino una serie de direcciones ó, más bien, una fórmula para la creación y no un relato de ella. Una copia de él se conserva en el Museo de la Fraternidad, y esta copia (probablemente el libro más antiguo hecho en este mundo) es la que han visto Mme. Blavatsky y varios de sus discípulos, y la que ella describe tan gráficamente en *La Doctrina Secreta*. Este libro ofrece algunas particularidades de que ella no hace referencia. Parece ser que está grandemente magnetizado, porque tan pronto como alguien toca con sus manos una página, ve pasar ante sus ojos una visión de los acontecimientos que en ella se describen, y al mismo tiempo cree oir una especie de descripción rítmica en su propia lengua, así como si ese lenguaje transportara las debidas ideas. Sus páginas no contienen palabras de ninguna clase; allí no hay más que símbolos.

Cuando supimos todo esto, nos pareció algo sorprendente el poder encontrar otro libro que pretendiera tener el mismo origen que las Sagradas Estancias, y nuestro primer impulso fué suponer que podía haber algún error en esto. En verdad, era muy sorprendente que lo que nos había guiado en nuestras investigaciones fuera el propósito de encontrar el verdadero autor de *El*

Libro de los Preceptos de Oro, y cuando logramos averiguar esto, vimos que la explicación era sumamente sencilla.

Hemos leído en varias biografías de Mme. Blavatsky que permaneció en el Tibet unos tres años, y también que en otra ocasión intentó penetrar en la Tierra Prohibida y fracasó. En una ú otra de estas visitas parece que fué cuando permaneció por bastante tiempo en un cierto Monasterio de los Himalayas, al frente del cual estaba por entonces un discípulo del Maestro M. El lugar donde está enclavado este Monasterio, paréceme que es el Nepal mejor que el Tibet; pero es difícil precisar esto con seguridad. Allí fué donde estudió con gran asiduidad y alcanzó un gran desarrollo psíquico, y en este período de su historia fué cuando aprendió de memoria los varios tratados á que hace referencia en el prefacio. Su estudio es obligatorio á los estudiantes de este particular Monasterio, y el libro del que han sido tomados, es considerado allí como de muy gran valor y santidad.

Este Monasterio es muy antiguo, tanto que fué fundado en los primeros siglos de la Era Cristiana por el gran predicador y reformador del Buddhismo, que comúnmente es conocido como Âryâsanga. Yo creo se pretende que ese edificio existía ya dos ó tres siglos antes de esa fecha; pero como quiera que sea, su historia, como á nosotros nos interesa, principia en su ocupación por Âryâsanga. Este era un hombre de gran poder y sabiduría, ya muy avanzado en el Sendero de Santidad, que había sido en un nacimiento anterior, Dharmajyoti, uno de los inmediatos discípulos de Buddha, y antes de esto, con el nombre de Kleinias, uno de los principales discípulos de nuestro Maestro K. H. cuando vivió con el nombre de Pitágoras. Después de la muerte de Pitágoras, Kleinias fundó en Atenas una escuela para el estudio de su filosofía, oportunidad que aprovecharon entonces algunos de los que hoy son miembros de la Sociedad Teosófica. Algunos siglos después nació en Peshawur—que entonces se llamaba Purushapura—, con el nombre de Vasubandhu Kaushika, y cuando fué admitido en la orden de los monjes, tomó el nombre de Asanga, «el hombre sin obstáculo», y luego durante su vida alargaron este nombre sus admiradores y discípulos, llamándole Âryâsanga, por el cual es más conocido como escritor y predicador. Se dice que vivió hasta una edad muy avanzada, cerca de ciento cincuenta años, si la tradición no miente, y que murió en Rajagriha.

Aryâsanga fué un fecundísimo escritor, y su principal obra que conocemos es el *Yogâchârya Bhûmishâstra*. Fué el fundador de la escuela buddhista Yogâchârya, que parece empezó intentando fusionar con el Buddhismo el gran sistema filosófico del Yoga, ó tal vez para tomar de éste aquello que pudiera ser útil á

interpretado en el Buddhismo. Viajó mucho y fué un elemento poderoso en la reforma buddhista, alcanzando su fama un nivel tan alto, que su nombre fué unido á los de Nâgârjuna y Aryadeva, que han merecido el renombre de los tres soles del Buddhismo, dada su actividad por esparcir su luz y gloria por todo el mundo. Vagamente se asegura que Aryâsanga vivió unos mil años después de Buddha. Los eruditos de Europa no están seguros de la fecha; pero no le creen más antiguo que siete siglos después de Cristo. En la Sociedad Teosófica le conocemos en su última existencia como un instructor especial, benévolo, paciente y solícito, el Maestro D. K., quien ocupa para nosotros un lugar excepcional, al cual algunos hemos tenido el honor de conocer hace unos veinticinco años, cuando aún no había subido el escalón que constituye el término de la evolución humana, la iniciación Aseja. Por esto, es el único entre los Maestros á quien hemos conocido en su actual encarnación antes de que él se convirtiera en un Maestro, cuando aún era el discípulo predilecto del Maestro K. H. El hecho de que cuando vivió con el nombre de Aryasanga introdujera el Buddhismo en el Tíbet, puede haber sido la razón del por qué eligió en esta vida un cuerpo tibetano, ó también puede haber sido el que tuviera precisión de despojarse de algunos lazos ó relaciones kármicas antes de tomar la iniciación como un Adepto.

Durante uno de sus grandes viajes que como misionero realizó en su vida, Aryâsanga llegó á ese Monasterio de los Himalayas y en él se confinó. No sabemos cuanto tiempo permaneció allí, pero sí que dejó una impresión y una tradición que se ha conservado hasta nuestros días. Entre otras reliquias que de él se conservan hay un libro que es considerado con la mayor reverencia, y á éste es al que Mme. Blavatsky se refiere cuando habla de *El Libro de los Preceptos de Oro.* Parece ser que Aryâsanga le empezó como un recordatorio ó libro de notas en el cual escribía todo aquello que suponía sería de utilidad para sus discípulos, y lo encabezó con las *Estanzas de Dzyan*, no en símbolos como está el original, sino con palabras. Hizo otros muchos extractos, algunos de ellos de las obras de Nâgârjuna, según lo refiere Mme. Blavatsky. Después de su muerte, sus discípulos agregaron al libro un gran número de relatos ó, mejor dicho, extractos de los discursos ó sermones que les dirigió, y éstos son aquellos «pequeños tratados» de que H. P. B. habla.

Unica y exclusivamente en este sentido es como se puede atribuir á *La Voz del Silencio* el mismo origen que las *Estanzas de Dzyan*, por encontrarse estas dos obras copiadas en el mismo libro. No debemos olvidar que aunque hay mucho de las ense-

fianzas de AryAsanga en esos tratados, por eso no hayan sufrido considerablemente la influencia de aquellos que las han recopilado, y es muy probable que algunos pasajes hayan sido comprendidos mal y truncados para expresar su verdadero significado. Cuando examinamos detalladamente esta obra, encontramos muchos de sus versos, en distintos lugares, que expresan sentimientos que difícilmente se pueden atribuir á AryAsanga, y muestran una ignorancia imposible de él.

Debe hacerse notar que Mme. Blavatsky habla de su «traducción» de los Preceptos, observación que encierra interesantes cuestiones, puesto que sabemos no estaba familiarizada con otra lengua oriental que el árabe. El libro está redactado en una escritura que desconozco y, por tanto, no sé qué lenguaje se emplea en él. Los caracteres parecen sánscritos, pâli ó de algún dialecto prakriti, quizá nepaleses ó tibetanos; pero lo que sí se puede afirmar es que esa escritura no es ninguna de las que hoy se emplean comúnmente para escribir estos idiomas. Es, por tanto, muy lógico suponer que ninguna de estas escrituras ó lenguas era conocida por Mme. Blavatsky en el plano físico.

El que pueda actuar libremente en el cuerpo mental dispone de varios métodos para penetrar el contenido de un libro sin recurrir al procedimiento ordinario de leerle. El más sencillo de estos métodos consiste en leerlo en la mente de uno que le haya estudiado; pero esto ofrece la dificultad de que no se penetra en el verdadero significado de la obra, sino en la concepción que de ella tiene el estudiante, lo cual no es lo mismo forzosamente. El segundo método consiste en examinar el aura del libro, frase que necesita una pequeña explicación para aquellos que no están familiarizados con el lado oculto de las cosas. Los antiguos manuscritos poseen en este respecto muy diferentes condiciones de los libros modernos. Si aquéllos no son obra del mismo autor, son copias hechas palabra por palabra por una persona de cierta cultura é inteligencia que conocía el asunto de que el libro trata, y sobre el cual tenía opiniones propias. Debe recordarse que esas copias se hacían con un estilete, lo cual requería un trabajo como si se grabaran, por lo que el copista inevitablemente imprimía con vigor su pensamiento en aquella obra manual. Por consiguiente, un manuscrito, aun cuando sea moderno, posee siempre una cierta aura mental que contiene su significado en términos genéricos, ó, mejor dicho, es la idea de un hombre sobre el significado del libro, su apreciación y su valor. Cada vez que alguien lee un libro añade algo á esa aura mental, y si se trata de un estudio detenido, ésta es aumentada grandemente y de una manera valiosa. Un libro que haya pasado por muchas manos

posee un aura por lo general mejor equilibrada, compuesta y completada por las distintas opiniones de sus muchos lectores y, por consiguiente, la psicometrización de ese libro da generalmente una más completa comprensión de su contenido, aun cuando con una considerable escala de opiniones *no* expresadas en el libro, sino producidas por sus varios lectores.

Lo mismo ocurre cuando se trata de un libro impreso, excepto que aquí no hay un copista, así es que en su procedencia no se encuentra nada sino heterogéneos y fragmentarios pensamientos del encuadernador y del librero. También hay hoy algunos lectores, aunque pocos, que estudian tan mental y detenidamente como lo hacían los antiguos, y por esto las formas mentales que rodean á un libro moderno son raramente tan precisas y claras como las que envuelven á los manuscritos del pasado.

El tercer método, que requiere ya algunos poderes elevados, consiste en penetrar totalmente en el libro ó manuscrito y alcanzar la mente del autor. Si el libro está redactado en algún idioma extraño, es enteramente desconocido el asunto de que trata, y no es el aura que le rodea lo que puede ayudarnos sugestivamente, siendo el único camino que nos queda el seguir su historia retrospectivamente para averiguar de dónde se ha copiado (ó determinar su procedencia, según sea el caso) y trazar de este modo la línea de su descendencia hasta llegar al autor. Si el asunto de la obra nos es conocido, el procedimiento menos enojoso consiste en psicometrizar ese asunto, penetrando en la corriente general de pensamiento que á él se refiera, y de este modo encontrar al escritor en cuestión y ver lo que piensa. En cierto modo, todas las ideas relacionadas con un asunto determinado puede decirse que están localizadas, que están concentradas alrededor de un cierto punto del espacio, de modo que visitando mentalmente aquel punto puede ponerse en contacto con todas las corrientes de pensamiento que convergen hacia aquel asunto, aunque desde luego están unidas por millones de líneas correspondientes á otras clases de asuntos.

Suponiendo que las facultades de clarividencia que poseía madame Blavatsky en aquel entonces fueran suficientes, pudo ella adoptar uno de estos métodos, penetrando en el significado de los tratados que componen *El Libro de los Preceptos de Oro*, aun cuando será algo impropio hablar de cualquiera de ellos como de una «traducción» sin especificar el procedimiento. Las otras posibilidades de esto parecen remotas, pues hoy no hay nadie en aquel Monasterio de los Himalayas que hable un idioma europeo, aunque es probable que desde que estuvo allí Mme. Blavatsky, hayan ocurrido muchos cambios. Debe recordarse que en raras

ocasiones los indios estudiosos vienen á beber en aquella fuente de literatura arcáica, y si presumimos que la visita de alguno de esos eruditos coincidió con la suya, pudiera también dar la feliz coincidencia de que conociera el inglés y la lengua en que está redactado el manuscrito, ó por lo menos la de otros huéspedes del Monasterio que pudieran por sí leer el manuscrito y darla la traducción.

Aunque sumamente extraordinario, también puede haber ocurrido que lo haya recibido en su idioma nativo. En la Rusia europea, sobre los bancos del Volga, hay precisamente una gran colonia de tribus buddhistas, quizá de origen tártaro, y parece como que este pueblo, alejado físicamente del Tíbet, aún le consideran como su Tierra Santa, y en ocasiones van á ella en peregrinación. Estos peregrinos permanecen á veces en los Monasterios del Tíbet ó el Nepál como discípulos, y como alguno de ellos muy bien podía conocer el ruso tan perfectamente como su propio dialecto mogol, parece que esto presenta otra posible coincidencia por la cual Mme. Blavatsky pudiera haber comunicado con sus huéspedes.

Sea como quiera, nosotros no tenemos la exacta reproducción verbal de lo que dijo Aryâsanga á sus discípulos, pues en el arcáico libro no están sus propias palabras, sino una recopilación de ellas hecha por los discípulos, y de esa recopilación tenemos ahora ante nosotros una traducción de una traduccion, ó la reseña de una impresión mental de su significado. Hubiera sido desde luego fácil para uno de nuestros Maestros ó el mismo autor hacer una traducción exacta y correcta en inglés; pero como madame Blavatsky claramente dice que es traducción suya, es indudable que no se procedió así.

Al mismo tiempo, el relato que tenemos de un testigo ocular de la rapidez con que fué escrito por ella, nos sugiere la idea de que le fué prestada alguna ayuda, aun cuando ella no se diera cuenta de esto. Sobre este punto dice nuestra Presidenta:

«Lo escribió en Fontainebleau, y la mayor parte la hizo cuando yo estaba con ella y sentada en el mismo gabinete donde escribía. Sé que ella no lo copió de ningún libro; lo escribía resueltamente, hora tras hora, como si lo hiciera de memoria ó leyéndolo donde no había libro alguno. Terminó aquel manuscrito que yo la vi escribir junto á ella y consultó á mí y á otros sobre correcciones del inglés, pues decía que lo había escrito tan deprisa que estaba segura de que tendría faltas. No corregimos de él sino unas pocas palabras, quedando como un ejemplo de la más bella y maravillosa obra literaria.»

También es posible que hiciera la traducción inglesa cuando estuvo en el Monasterio, y que en Fontainebleau se limitara á

loorla á distancia, tal como dice nuestra Presidenta y precisa hacer. Yo mismo se lo he visto hacer esto en otras ocasiones.

Las seis escuelas de filosofía inda á que se refiere en la primera página del prefacio son: 1.ª, Mimâmsâ; 2.ª, Vedânta; 3.ª, Sanjya; 4.ª, Yoga; 5.ª, Nyâya, y 6.ª, Vaisheshika. Afirma que cada instructor indo tiene su sistema particular de disciplina, que mantiene en el secreto más absoluto, cosa esta última muy natural, ya que no quiere cargar con la responsabilidad de los resultados que pudieran sentir las gentes no preparadas, como sabemos evidentemente. Ningún verdadero instructor indo se encargará de un discípulo á menos que pueda vigilarlo de cerca, de modo que cuando le ordene ejecutar un determinado ejercicio, pueda observar su efecto y contenerle instantáneamente si ve que le ocurre algo malo. Desde tiempo inmemorial esta es la costumbre que se sigue en materias ocultas, y es indudablemente la única por la cual puede conseguirse un progreso rápido y seguro.

Cualquiera que sea la clase especial de ejercicios ó el método particular de estudio que se ordene, en todos los casos el efecto principal que sobre el discípulo se produce, no es debido al ejercicio ó el estudio; sino por la constante presencia del instructor. Los diversos vehículos del discípulo vibran del modo que les es peculiar, quizá cada uno de ellos lo hace de muchos y varios modos, debido á la constante presencia de las emociones pasajeras y los pensamientos errantes de todas suertes. La primera y más difícil tarea del discípulo es poner en orden todo este caos, eliminar esa hueste de intereses mezquinos y someter los pensamientos errantes, todo lo cual puede lograrse con una constante acción de la voluntad ejercitada sobre sus vehículos durante un largo período de años.

Mientras vive en el mundo, la dificultad de esta empresa se centuplica por la incesante presión que ejercen las perturbadoras oleadas de pensamientos y emociones de los demás hombres, las cuales no le dejan un punto de reposo ni oportunidad para rehacer sus fuerzas y realizar un esfuerzo efectivo. Por esto, en la India, el hombre que desea vivir la vida superior, se retira á la selva, y en todos los lugares y en todos los tiempos han existido hombres deseosos de adoptar la vida contemplativa del eremita. A lo menos tiene el ermitaño espacio para respirar y está libre de infinitas contingencias, pudiendo disponer de tiempo para pensar de un modo coherente. Tiene pocas dificultades con que luchar, y las tranquilas influencias de la Naturaleza le ayudan hasta cierto punto.

Pero el hombre que constantemente vive en presencia de uno que está ya en el Sendero, disfruta siempre de una gran ventaja.

Un instructor tal es de suponer que ya tiene en calma sus vehículos y acostumbrados á vibrar en algún modo cuidadosamente elegido en vez de hacerlo en un centenar de locas promiscuaciones. Esos cuantos modos de vibración son muy intensos y constantes, de modo que durante el día y la noche, ya duerma ó vigile, incesantemente actúan sobre los vehículos del discípulo y gradualmente le ponen á tono con su instructor. Nada sino el tiempo y la íntima unión pueden producir estos efectos, y aun así no en todos, sino sólo en aquellos que son capaces de armonizar. Muchos instructores quieren, antes de comunicar sus especiales métodos de desarrollo, ver algo de estos efectos, es decir, antes de comunicar á un discípulo algo que pudiera fácilmente perjudicarle si lo empleaba erróneamente, procuran cerciorarse por un examen ocular, de que es un hombre que pertenece al tipo para quien su instrucción es apropiada, y que es dócil á su influencia para permanecer en el justo camino por el cual fluye la fuerza. Por esta razón conservan en el secreto sus métodos, y nadie que comprenda cuál es la importancia del problema que ante sí tienen, los censurará por su reticencia.

C. W. LEADBEATER

(Continuará.)



Rasgaduras en el Velo del Tiempo.

LAS TREINTA VIDAS DE ALCIONE

(Traducción directa del inglés por Federico Climent Terrer)

Continuación (1)

XXIV

Llegamos ahora á una subserie de cuatro vidas, tres de las cuales, transcurridas en la India, parecen haber sido casi por entero destinadas á la extinción del karma pasado. Los seres superiores no tomaron parte tan

(1) Véase página 573.

principal en estas vidas como en otras anteriores. En términos generales, parece que estas cuatro vidas fueron de preparación á las cuatro siguientes.

Nació Alcione esta vez el año 4970 antes de J.-C. en el reinezuelo de Tiraganga, vasallo de la poderosa monarquía de Sravasthi. Fué hija de antigua y noble familia, y le pusieron por nombre Manidevi. Su horóscopo le vaticinó muchos sufrimientos y que sería madre de un rey. Cuando niña, mostróse traviesa é impulsiva, y su educación se redujo á la lectura y escritura de innumerables textos, aunque también aprendió á tejer, guisar y otros menesteres de economía doméstica, aparte de la confección de ungüentos y pócimas medicinales con la ciencia de las yerbas.

No denotaba Alcione inclinación al matrimonio; pero, á la edad conveniente, la casaron sin consultar su deseo con Urano, sobrino del rajá, en lo que vieron sus padres un indicio de que se cumplirían los vaticinios del horóscopo. Por supuesto, que Alcione había oído hablar de esta profecía, y cuando le nació un robusto hijo (Helios), tuvo secreta esperanza de que llegase á ocupar el trono, no obstante su alejamiento de la línea hereditaria.

Al cabo de algunos años tuvo una niña (Rigel), y después otro niño (Héctor); pero no tardó en morir su marido, cuya muerte quebrantó no poco las esperanzas horoscópicas. Si bien desde el punto de vista mundano este suceso imposibilitaba el cumplimiento de la predicción, todavía alimentaba Alcione la secreta confianza de que los dioses pusieran, por ignorados caminos, en vigor el decreto, y así cuidó de que su primogénito fuese hábil jinete, y supiera esgrimir la espada, con todas aquellas otras prendas que pudiesen realzar su figura á los ojos del pueblo.

Por entonces murió repentinamente el viejo rajá Ceteo, que, por sus muchos años, parecía haber sobornado á la muerte, y su hijo y sucesor, Cáncer, dió pruebas más que sobradas de incapacidad y flaqueza. Su esposa Alastor, la nueva soberana, muy ambiciosa y astuta, como no tenía heredero, miraba con muy malos ojos al primogénito de Alcione, en el que veía un futuro pretendiente al trono. Alcione había de ir con mucho cuidado contra la suspicacia y procacidad de Alastor, quien andaba de continuo en busca de pretextos para perjudicarla. Sin embargo, de nuevo recobraron bríos las esperanzas de Alcione, porque, si bien el rajá era todavía joven para tener sucesión, su salud estaba tan quebrantada como su voluntad, y ni él ni la reina se habían podido captar las simpatías populares, por lo que pensaba Alcione que tal vez una de las kaleidoscópicas mudanzas, tan frecuentes en las cortes indas, deparase á su hijo la esperada corona.

Sin embargo, al cumplir Helios diez y ocho años, se derrumbó de un soplo y de la más extraña manera el castillo de esperanzas tan pacientemente levantado por Alcione. Sucedió, pues, que llegó á la ciudad un

santo y muy famoso varón llamado Heracles, y movida por su ardiente religiosidad, ofrecióse Alcione á hospedar al peregrino. Estuvo Heracles en casa de Alcione unas cuantas semanas, y en este tiempo, no sólo sintió ella hacia él profunda reverencia é intenso afecto, sino que Helios quedó tan conmovido de la noble conducta del peregrino y de la hermosura de sus enseñanzas, que suplicóle le aceptara por discípulo, previo el consentimiento materno.

En gran turbación puso á Alcione el deseo de su hijo, porque, por una parte, satisfacerlo equivalía á desvanecer el sueño de toda su vida, y, por otra parte, no dejaba de comprender la mucha honra que su hijo tendría en ser discípulo de tal maestro, quien de muy buen grado le aceptaba, diciendo que el muchacho hacía bien en tomar aquella determinación, con seguridad de grandes adelantamientos, por cuanto habían estado ligados en una vida anterior. Muy penoso era para Alcione el sacrificio de todas sus esperanzas; pero, al cabo de algunos días de interna lucha, dió el solicitado consentimiento, y Helios se fué con el eremita al corazón de la montaña. Después de la partida de su hijo, cayó Alcione en tan profunda melancolía que repugnaba todo consuelo.

Pasados unos días, trató Héctor, el hijo menor, de disipar la melancolía de su madre, diciéndola que, si bien su hermano se había ido, estaba en más alta y noble vida, y que aún quedaba él para substituirle en la del mundo. Nunca había pensado Alcione en que su hijo menor pudiera dar cumplimiento al vaticinio, pues siempre puso sus esperanzas en el primogénito, aunque no por eso dejaba de mostrarse cariñosa y amante con el segundón.

Regocijóse Alastor malignamente al saber que el gallardo Helios había abrazado la vida ascética, y vió entonces que le era de absoluta necesidad tener un hijo, al cual efecto urdió una intriga, cuyo resultado fué presentar ante la corte como hijo propio á Escorpión, que lo era ilegítimo de una criada de palacio llamada Hesperia, cuyo silencio compró precavidamente. No obstante el inmerecido éxito del plan, andaba siempre Alastor temerosa de que se descubriese la suplantación, y acometiéronle deseos de deshacerse de posibles rivales de su fingido heredero. Inquieta todavía respecto á Alcione, intrigó en varias ocasiones contra ella, y aun por su propia mano hubiera asesinado una noche á Héctor, de no equivocarse de aposento y matar por error á Rigel. La asesino pudo escapar sin que la reconociesen, pero Alcione sospechó siempre de ella.

Fracasado aquel intento, acusó Alastor de conspiración á Alcione, y tuvo la suficiente astucia para amañar pruebas y testimonios falsos, cuyo resultado fué que Alcione y su hijo hubieran de salir desterrados de la ciudad. Comprendió entonces Alcione que no sólo aquella desdicha, sino también la muerte de su hija Rigel, eran obra de Alastor, por lo que cobró acerbo rencor contra ésta, y, en un momento de cólera,

juró vengarse algún día. Muy pobremente hubo de pasar Alcione el destierro en un estado fronterizo, y se ganaba la vida en la confección y venta de dulces de pastelería. Transcurrieron así algunos años, durante los cuales no cesó Alcione de alimentar el odio que contra Alastor sentía. Murió por entonces Cáncer, y la reina viuda logró el reconocimiento de su supuesto hijo por heredero del trono, el cual dió notorias muestras de disoluto é inhábil. Entre otras fechorías, violó á su hermana carnal Tetis, aunque ignoraba que lo fuese, y enfurecida por ello su verdadera madre, Hesperia, denunció la superchería del nacimiento. Negó la reina viuda, como era natural, las aseveraciones de la criada, y la envenenó en venganza; pero ya se había difundido la voz por el país, y no eran pocos los que como verdad la recibían.

Llegaron los rumores á oídos de Marte, soberano de Sravasthi, quien vino á indagar personalmente el caso, y como encontrara sobradas pruebas de la suplantación, depuso del trono al hijo de la criada y puso en su lugar á Héctor, después de no pocas dificultades para averiguar su paradero y el de su madre, quien desde entonces refrenó la impulsividad de su carácter y convirtióse en solícita consejera de su hijo. Durante algún tiempo, fué Alcione de hecho la soberana del país, que prosperó grandemente gracias á su sabiduría y prudencia.

Quedaba, sin embargo, un poderoso partido de los adictos al antiguo régimen que, por haber sido destituídos de sus cargos, conspiraban contra el nuevo orden de cosas. Por entonces contrajo matrimonio el joven monarca con Régulo, cuya conducta no satisfizo del todo á su regio consorte, pues era en extremo ambiciosa y no le placía la influencia de Alcione, por lo que comenzó á maniobrar contra ésta, induciendo al rey á obrar en oposición á su madre. Durante algunos años, persistió la nuera en su animadversión á la suegra, hasta que cayó gravemente enferma de sobreparto. Cuidó entonces Alcione, no sólo de la enferma, sino también de los nietos, con tan maternal solicitud, que Régulo no pudo por menos de transmutar en amor el odio que su suegra le había inspirado.

Sucedió á la sazón que Alastor vino secretamente del destierro en que estaba desde el destronamiento de su fingido hijo, y, para reponerlo en el trono, tramó una conjura, con tan desgraciado éxito, que fué descubierta y presa. Conducida ante el rajá, mandó éste llamar á su madre, y una vez en presencia de ella le dijo:

«He aquí á tu antigua enemiga, en quien juraste vengar la muerte de mi hermana. Te la entrego. ¿Qué quieres hacer de ella?»

Pero la vencida conspiradora lanzó una mirada tan abyecta, que Alcione no pudo reprimir la cólera, y exclamó:

«Bastante castigo tiene con su miseria y vencimiento. La perdono. Dejadla libre.»

Cayó entonces Alastor, bañada en lágrimas, á los pies de Alcione, diciendo:

«Voy á morir, porque tomé un veneno al saber que iban á ponerme en tus manos, creída de que me hubieras atormentado por el mal que hice.»

Alcione repuso:

«No; puesto que estás arrepentida, no morirás.»

Inmediatamente después dispuso Alcione que el médico de palacio administrara á Alastor un antídoto, y gracias á los cuidados que con ella tuvieron todos, se le pudo salvar la vida. Después abrazó Alastor el estado religioso, en expiación de sus anteriores maldades.

Heracles, ya muy viejo y achacoso, llegó un día á Tiraganga con la para Alcione terrible noticia de la muerte de su amantísimo primogénito. Díjole cuánto había querido á su discípulo, cuyos progresos, en el orden moral del desenvolvimiento interior fueron en extremo notables, hasta el punto de haber muerto heróicamente, defendiendo á su maestro contra unos salteadores. Aunque Alcione se había acostumbrado á la ausencia de su hijo, afligióle muy mucho la noticia de su muerte; pero dióle Heracles gran consuelo, al elogiar la nobleza de su conducta, su valor y devoción, aparte del buen karma que tal vida y tal muerte habían acumulado, sin duda, para su futuro adelantamiento.

Heracles temía que las malas noticias de que era mensajero, le desconceptuasen á los ojos de Alcione; pero ésta se mostró más reverente que nunca, y suplicóle que se quedara á vivir en Tiraganga, para lo cual sugirió á su hijo, el rajá, la idea de conceder al santo varón un modesto acomodo en la ciudad, á lo que el rey accedió sin necesidad de mayores excitaciones, porque también tenía á Heracles en suma reverencia y estima. Alcione le visitaba diariamente y aprendía de él cosas de mucho provecho respecto á la educación de sus nietos, en que se ocupó durante los últimos años de su vida. El rey y la reina comprendieron cuánto debían al amor y prudencia de su madre, de modo que en el resto de sus días, la rodearon de solícitos cuidados y delicadas atenciones. Murió en paz en el riguroso invierno del año 4001, á los sesenta y nueve de su edad.

PERSONAJES DRAMÁTICOS

Marte.....	*Mahârâja.*
Mercurio ..	*Esposa*, Olimpia. *Hijos:* Heracles, Neptuno, Clío.
Urano.....	*Esposa*, Alcione. *Hijos:* Helios, Héctor. *Hija*, Rigel.
Alcione....	*Padre*, Siwa. *Madre*, Orfeo. *Marido*, Urano. *Hijos:* Helios, Héctor. *Hija*, Rigel.
Heracles...	*Santo.—Esposa*, Géminis. *Hijo*, Mizar. *Hija*, Polar.

Ceteo..... *Primer antiguo rajá.—Hijo*. Cáncer.
Cáncer.... *Rajá.—Esposa*. Alastor.
Escorpión.. *Rajá pretendiente.—Madre*, Hesperia. *Hermana*, Tetis.
Héctor..... *Tercer rajá.—Esposa*, Régulo. *Hijos*: Glauco, Suma. *Hijas*: Telémaco, Ifigenia.

XXV

De nuevo estamos en la más admirable de las antiguas civilizaciones, que tuvo su asiento en las márgenes del Nilo. En el reinado del faraón Unas, último monarca de la quinta dinastía, nació la niña Alcione, cuyos padres (Ayax y Bellatrix) le dieron el nombre de Hatshepu. Su padre era familiar de un magnate cortesano llamado Markab, cuyo primogénito (Sirio) llevaba en aquella existencia el nombre de Merka. Muy luego hizo su oficio en ambos muchachos la influencia de su intimidad en pasadas vidas, y juntos se entregaron á los juegos infantiles con creciente reciprocidad de afectos.

Urano, hermano mayor de Alcione, se mostraba muy cariñoso con ellos y se complacía en enseñarles diversidad de cosas. Demetrio, prima de Alcione, y casi de la misma edad, era íntima amiga de ambos, y tenía parcialmente desarrollada la facultad de clarividencia, por lo que Sirio y Alcione gustaban de escuchar sus relatos, y aun esta última veía también las visiones con sólo ponerse en contacto con su prima Demetrio. Como Sirio no era capaz de ello, las dos muchachas le decían que á los niños no les alcanzaba este privilegio, por demasiado bastos y groseros.

Jugaban juntos los niños en los amenos jardines, tan abundantes en el antiguo Egipto, con artificiales montañas, valles y lagos. Por doquiera manaba el agua, circuida á menudo de graderías y columnas de mármol ó granito pulimentado. Las flores crecían entre las matas de yerba y colgaban de las tapias, mientras que enormes flores de loto poblaban los estanques. Los niños estaban tan completamente familiarizados con el agua como con la tierra, y disfrutaban de los años infantiles bajo los ardientes rayos del sol egipcio.

Por supuesto, que Sirio y Alcione concertaron casarse en cuanto llegaran á la edad conveniente; mas, por desgracia, se les interpuso un imprevisto obstáculo. Había entre los principales sacerdotes de la ciudad uno á quien pocos amaban y todos temían, y de quien mucho se sospechaba, aunque nada de cierto se sabía. Quien quiera que osaba contrariarle, aparecía muerto al cabo de pocos días, sin que se pudiese inculpar á aquél de la muerte. Tenía fama de hechicero, sin que fuese posible aducir pruebas contra él. Su hijo, Escorpión, era digna astilla de tal palo, porque á las antipáticas condiciones del padre añadía la ordinariez y la agresividad.

Cuando Alcione era ya una hermosa muchacha de quince años, acertó á verla Escorpión, y prendado apasionadamente de su belleza, le insinuó la inclinación que sentía; pero ella le rechazó despectivamente. Apartóse entonces él refunfuñando excusas, con secreto propósito de poseerla á toda costa, aunque hubiese de casarse con ella, pues la dificultad excitaba su desordenado apetito. Pronto vió que para lograr su intento, no le quedaba otro camino que el matrimonio, y al efecto tramó una intriga diabólicamente ingeniosa, cuyo fundamento fué sustraer unas cuantas cartas del padre de Alcione que, con hábiles enmiendas é intercalaciones, convirtió en pruebas de una conjura contra el rey.

Entonces se hizo el encontradizo con Alcione, para enterarla de que tenía en su poder aquellas pruebas de la culpabilidad de su padre, y que era su deber presentárselas al rey, con esperanza de munificente recompensa por tan señalado servicio; pero que el inmenso amor que por ella sentía, le estimulaba á desperdiciar la ocasión que de encumbramiento en la corte le deparaba la suerte, con tal de que le aceptase por esposo, para fundir en un común interés los de ambas familias. De lo contrario, si se negaba ó decía una sola palabra del asunto á su padre ó á otra persona, entregaría desde luego los documentos al oficial de justicia.

Turbóse grandemente Alcione al escuchar tan extraño suceso, y más todavía al ver que las firmas y sellos de su padre eran legítimos, según toda apariencia, apoyada en la consideración que al punto hizo Alcione de las ideas revolucionarias de su padre, por lo que sospechó que las cartas fuesen realmente suyas. Sin embargo, parecióle á Alcione todo aquello favorable oportunidad de llevar á cabo una de las heróicas proezas de que solía hablar con Demetrio y Sirio, y salvar á la familia, aun á costa de lo que estimaba en más que la vida. Nada dijo á nadie de cuanto le había ocurrido, y viendo que no le quedaba resquicio abierto para eludir el dilema de Escorpión, manifestó exabruptamente á los atónitos padres que estaba resuelta á casarse con él. Pero como no las tenía todas consigo, le exigió la entrega de los comprometedores documentos, antes de la celebración del matrimonio.

Mucho sufría Alcione entre tanto, y no supo cómo disimular la pena cuando su madre le preguntó si verdaderamente amaba á aquel hombre, y si sabía lo que iba á hacer, puesto que su corazón rebosaba repugnancia. Sirio se afligió en extremo al enterarse del caso, y dijo que, aun cuando á ninguna otra mujer podía amar sino á Alcione, se resignaba á perderla, si era su voluntad casarse con otro; pero que se resistía á creer que infiriese ella tan horrible agravio al buen gusto, casándose con semejante tipo de hombre. Quiso Sirio oir de los propios labios de Alcione la resolución de casarse con Escorpión, y al escucharla, repuso diciendo que forzosamente había de estar bajo la influen-

cia de algún hechizo. Anduvo Sirio muy cerca de la verdad en sus conjeturas, por lo que se atemorizó mucho Alcione, y propuso ahondar más y más el engaño.

Estaba á la sazón de viaje el hermano mayor de Alcione, llamado Urano, quien, de estar presente, hubiera obviado de seguro aquella dificultad. Así es que Alcione llevó adelante su sacrificio, y procuró sacar de él las mayores ventajas posibles, aunque ya no tuvo un instante de felicidad en su vida, á pesar de las comodidades y riquezas terrenas que la rodeaban. Su marido cobró profunda antipatía á Sirio, y se puso tan celoso de él, que Alcione sólo le pudo ver de tarde en tarde. En 1017 murió la madre de Sirio, al dar á luz á su hijo menor, Vega. Poco tiempo después murió también Markab, y quedóse Sirio dueño de la casa y hacienda de su padre, al par que le sucedía en sus cargos civiles, con lo que le ocuparon la mayor parte del tiempo los negocios públicos. Sin embargo, permaneció fiel á la memoria de Alcione, y jamás quiso oir hablar de matrimonio, no obstante los excelentes partidos que se le presentaron.

Alcione tuvo dos hijos (Tauro y Virgo), en cuya crianza halló algún consuelo, aunque con el constante temor de que llegaran á ser como su padre. Pasaba Alcione la vida en un verdadero tormento, porque no podía olvidar á Sirio, y aunque jamás logró querer á su marido, se esforzaba en cumplir con sus deberes conyugales.

Al regresar Urano de viaje, le indignó profundamente el matrimonio de su hermana, á quien interrogó en secreto sobre el caso, sin sacar nada en limpio; pero en sus conversaciones con Sirio llegaron ambos muy cerca de la verdad. Alcione le suplicó que dejara las cosas como estaban, pues ya no era posible deshacer lo hecho, y no había más remedio que resignarse.

Tuvo Alcione otros hijos, pero todos se le murieron, y durante veinte años arrastró la desolada vida del hogar sin encanto. Ya hacía tiempo que su marido la miraba desdeñosamente, luego de extinguida la carnal pasión que un tiempo le espoleara, y como nunca le dió malos tratos, prefería ella el desdén al cariño, pues de este modo hallaba más libertad para frecuentar la honesta compañía de Sirio.

Algo había cambiado la vida de éste bajo las circunstancias engendradas por una expedición militar al extremo Sur, en la que cogieron prisionero á un noble llamado Ramasthenes (Mercurio). Este joven cautivo turnó en poder de varios capitanes egipcios, y estuvo dos años en casa de Sirio, á quien, así como á Urano y Alcione, deleitaba con sus interesantes conversaciones sobre filosofía y problemas ocultos. Un capitán egipcio, llamado Castor, presentó por entonces á Mercurio á las primeras autoridades de uno de los principales templos, del que había sido bienhechor el padre de Castor, aparte de algunos oficios desempeñados en relación con los intereses religiosos del mismo, por

lo que su hijo y sucesor en el desempeño gozaba de mucho predicamento entre los sacerdotes, quienes muy luego cobraron cordial afición á su recomendado Mercurio. Éste, por su parte, estudió con ardiente entusiasmo los Misterios, y á su meditación se mantuvo dedicado durante muchos años, sin descuidar por ello el trato de sus amigos.

El año 3995 tuvo fin el largo martirio de Alcione con la muerte de su marido, y sin tardanza la solicitó Sirio en matrimonio, á lo que opuso ella la consideración de estar mancillada por el contacto de su difunto esposo; pero la insistencia de Sirio la movió por fin á darle palabra de casamiento, en cuanto pasara el año fijado por la costumbre.

Sintióse feliz Sirio con tan lisonjera perspectiva; pero una vez más vino la suerte á desvanecer sus esperanzas. Ocurrió que su hermano menor, Vega, se había enredado con una mujer de baja condición que le engañó con otro. El joven mató á los amantes, y hubo de escapar á la persecución de la justicia, por lo que, abandonando Sirio todo otro negocio, fuese en busca de su hermano, á quien encontró desfallecido y enfermo en una muy distante ciudad. Como el rey le había condenado á muerte, tuvo Sirio mucho trabajo en conseguir la conmutación de la última pena por una multa tan onerosa, que fué preciso vender todo el patrimonio para pagarla. Quedóse con ello Sirio en la pobreza, aunque muy satisfecho de haber rescatado á su hermano, quien, arrepentido ya de su mala conducta, vivió con él en obscuro sosiego. En semejantes circunstancias no le era posible contraer matrimonio con Alcione, pues había ésta de perder la viudedad, y si bien no tenía reparo en compartir la pobreza de Sirio, la atemorizaba la idea de serle mayor carga, de modo que ambos creyeron decreto del cielo los imprevistos obstáculos que por dos veces habían impedido su unión.

Alcione se adscribió al templo metropolitano, y allí estudió bajo la dirección de Mercurio, que había hecho admirables progresos en sabiduría mística. Sirio, por su parte, se dedicó ardorosamente á la opuesta tarea de restaurar su casa solariega. Treinta años tardó en la empresa, que al fin pudo terminar con feliz éxito, y entonces, á los sesenta años de edad, trató de nuevo con Alcione el asunto de su casamiento. Pero ella había logrado, á fuerza de estudios y servicios, una desahogada posición en el templo que le era forzoso dejar para casarse; y así, después de mucho meditar sobre el caso y consultarlo con Mercurio y Urano, resolvieron ambos, no sin pena, que debían los contrariados amantes seguir viviendo separadamente, como hasta entonces, en sacrificio á los dioses. Uno de los estudiantes del templo, llamado Clane, también se había enamorado de Alcione sin resultado alguno.

Vega se casó con una compañera de infancia (Osa), hija de un rey indo destronado que estaba acogido en Egipto. Fueron felices y les nacieron dos hermosas hijas (Andrómeda y Dragón), en quienes se miraron Sirio y Alcione como si hubieran sido propios. Buen número

de estudiantes laboraban por entonces bajo la dirección de Mercurio y el auxilio de Alcione, que puso en aquella tarea el principal interés de los últimos años de su vida.

Sirio murió el 3967; lloróle tristemente Alcione, hasta que un día se le apareció aquél para decirle que no cuadraba la tristeza á un estudiante de la Luz Oculta, y recordarle las enseñanzas de los Misterios sobre el destino humano. Tan á menudo como habían hablado acerca de la muerte, aquélla era la primera vez en que advertían cuán poca importancia tiene, y de qué modo muertos y vivos forman una sola comunidad.

Esto sirvió de mucho consuelo á Alcione, que con frecuencia sentía junto á sí la presencia de Sirio, aunque sólo le pudo ver dos veces: una según se ha dicho, y la otra poco antes de morir, el año 3960, á los setenta y cinco de edad. Díjole Sirio en esta segunda aparición que había sacado el horóscopo de un lejano porvenir, según el cual, por haberse sacrificado en esta vida en aras del deber, volverían á encontrarse juntos, á los pies de Mercurio, de allí á unos seis mil años, para ya no separarse más. Alcione murió tranquilamente dichosa.

PERSONAJES DRAMÁTICOS

Primera generación.

Saturno....	*Esposa*, Venus. *Hijos:* Vajra, Vulcano, Lira. *Hijas:* Aldebarán, Beatriz, Heracles.
Júpiter....	*Hijas:* Alcestes, Proción.
Albireo....	*Esposa*, Leo. *Hijos:* Aquiles, Brhaspati, Mizar. *Hijas:* Pegaso, Aleteya.
Ofiuco.....	*Esposa*, Fénix. *Hijos:* Casiopea, Ayax, Mira: *Hija*, Argos.
Cruz.......	*Esposa*, Cabrilla. *Hijos:* Ulises, Neptuno. *Hijas:* Bellatrix, Rigel, Géminis.
Markab....	*Hijos:* Sirio, Vega.
Espiga.....	*Asceta inda. — Madre*, Sirona. *Esposa*, Fides. *(Murió joven.)*

Segunda generación.

Vulcano...	*Padre*, Saturno. *Madre*, Venus.
Mercurio..	*Esposa*, Heracles. *Hijos:* Orfeo, Píndaro.
Brhaspati..	*Padre*, Albireo. *Madre*, Leo.
Neptuno...	*Padre*, Cruz. *Madre*, Cabrilla.
Erato......	*Madre*, Melete. *Hermano*, Anacrio. *Esposa*, Concordia. *Amigo*, Espiga.
Aldebarán.	*Marido*, Aquiles. *Hijo*, Orión.

Beatriz....	*Marido*, Casiopea. *Hijos:* Osiris, Viola, Tolosa.
Alcestes...	*Marido*, Castor. *Amigo*, Rhea.
Mizar.....	*Esposa*, Régulo. *Hijos:* Siwa, Irene, Cisne. *Hijas:* Minerva, Polar.
Pegaso....	*Marido*, Berenice.
Aleteya....	*Marido*, Ulises. *Hijos:* Focea, Proserpina, Olio. *Hijas:* Capricornio, Dorada.
Ayax......	*Esposa*, Bellatrix. *Hijos:* Urano, Sagitario. *Hijas:* Algol, Acuario, Vesta, Alcione.
Mira......	*Esposa*, Rigel. *Hijos:* Betelgeuse, Fomalhant, Libra. *Hijos:* Leto, Lomia, Wenceslao, Demetrio.
Vega......	*Esposa*, Osa. *Hijo*, Andrómeda. *Hija*, Dragón.
Vallеda....	*Amigo de Castor.*
Amaltea...	*Amante*, Calipso. *Médico*, Aries.
Laquesis...	*(Murió adulta.)*

Tercera generación.

Osiris.....	*Padre*, Casiopea. *Madre*, Beatriz.
Urano.....	*Padre*, Ayax. *Madre*, Bellatrix. *Esposa*, Aurora.
Orión.....	*Esposa*, Helios. *Hijos:* Selene, Psiquis. *Hija*, Eros.
Acuario...	*Marido*, Auriga. *Hijos:* Tifis, Iris. *Hijas:* Altair, Pomona.
Alcione....	*Marido*, Escorpión. *Hijo*, Tauro. *Hija*, Virgo.
Betelgeuse.	*Esposa*, Alcor. *Hijo*, Teseo. *Hijas:* Centauro, Ceteo, Adrona.
Libra.....	*Esposa*, Vesta. *Hijos:* Proteo, Perseo. *Hijas:* Arturo, Canope.
Demetrio..	*Marido*, Elsa.
Viola.....	*Esposa*, Calíope. *Hijo*, Gimel.
Sagitario...	*Esposa*, Partenope.
Glauco....	*Esposa*, Minerva. *Hijo*, Alef.
Irene......	*Esposa*, Telémaco.
Siwa......	*Esposa*, Ifigenia.
Egeria....	*Amante de Orión.—Marido*, Soma.
Cisne.....	*Esposa*, Beth.
Daleth....	*Esposa*, Polar.

XXVI

Volvió esta vez Alcione á su querida patria inda con sexo masculino, después de siete vidas en cuerpo femenino. La regla general respecto al sexo es que el Ego renace, por lo menos, tres veces, y, á lo más, siete consecutivas en un mismo sexo antes de efectuar la mudanza. Durante las treinta vidas de nuestro relato, siguió Alcione esta regla, pero no

así otros personajes convivientes, pues vemos que algunos no cambian de sexo en los veinticinco mil años que abarca el ciclo de estas treinta vidas. Alcione fué durante ellas diecinueve veces varón.

Nació Alcione el año 3059 antes de J. C. en una ciudad llamada Narsingarh, cerca de los cerros de Vindhya, de nobles aunque no ricos padres, que le pusieron el nombre de Shivarshi. Las tradiciones de familia y el recuerdo de los antepasados, les obligaban á mantener su dignidad y esforzarse en restaurar la casa, de cuya antigua pujanza tan sólo quedaban las fincas rústicas, en parte hipotecadas, que no podían cultivar por falta de medios pecuniarios. Tauro, padre de Alcione, era hombre de buen corazón, pero rígido y altivo. La madre, Virgo, era mujer de complexión flaca y carácter débil, aunque muy bien intencionada. Pasaban muchas privaciones, porque la comodidad del hogar había de sacrificarse al orgullo de la familia, y así, continuaban haciendo limosnas, no tan abundantes como en pasados tiempos, pero sí lo suficientemente cuantiosas para escatimar de la cotidiana alimentación los menesteres requeridos por el buen parecer de las gentes. Vivían en un destartalado y viejo castillo, del que tan sólo la menor parte era habitable. Alcione fué el segundón de esta familia, á cuyo primogénito, Polux, se le asemejaba prodigiosamente en las facciones, aunque difería opuestamente de él en carácter. Alcione era profundamente religioso, formal y diligente, mientras que su hermano mayor daba graves disgustos á la familia por sus costumbres disolutas y pereza de carácter.

Sin embargo, el padre pensaba encomendar al primogénito la restauración del patrimonio, no porque confiase en sus esfuerzos, sino porque, por haber nacido el día onomástico del rajá, al estar en conjunción dos planetas, le había legado el reyezuelo local cuantiosas riquezas, por consejo de los astrólogos, cuando era Polux todavía muy niño y nadie sospechaba su posterior comportamiento. Así fué, que en todo y por todo se anteponían los caprichos de Polux á los deseos de Alcione. Ya mayores ambos, enamoróse rendidamente Alcione de una joven, con la que quería casarse, pero no pudo, porque era conveniente al decoro de la familia que se casara antes Polux, y no había suficiente dinero para celebrar dignamente ambas bodas á un tiempo.

Casó Polux con Androna, pero no le fué fiel por mucho tiempo, y después de enredarse con varias prójimas de dudosa reputación, se escapó con una llamada Melpomene. Sintió mucho el padre lo sucedido, y temeroso de que, sabedor de ello el rajá, anulase el legado, recabó de Alcione, no sin disgusto de éste, que suplantase á su hermano, valiéndose del portentoso parecido físico que con él tenía. Así, pudieron derramar la voz de que Alcione se había ido de viaje, y que, por ello, moderaba Polux su conducta y permanecía más tiempo en casa. Alcione esquivó á los amigos de Polux, y no estuvo jamás en los lugares frecuentados por éste, á fin de no dar ocasión á sospechas ó indagaciones. Durante

algunos años, representó admirablemente á su hermano, y con su conducta ejemplar, le aquistó la fama que la suplantación hurtara de su propio nombre. Sin embargo, de ningún modo quiso apropiarse también la esposa de Polux, como su padre le insinuaba.

Pasado algún tiempo, volvió Polux en completa penuria, y sin la amante con quien se fugara, pero la familia le perdonó de corazón, y y pudo recobrar su puesto en la familia, diciendo todos que había vuelto Alcione, por más que su mala conducta dió muy luego al traste con la reputación que durante su ausencia le había aquistado su hermano.

Por último, cometió Polux un crimen muy grave, y de nuevo hubo de sacrificarse Alcione por el honor de la familia y la conservación del legado, asumiendo la culpabilidad del hecho, cuyo resultado fué que le sentenciaran á presidio. La familia no pudo por menos de reconocer el heroísmo del joven, y procuró mitigar su situación en todo lo posible; pero aun así, pasó Alcione una mala temporada, porque la vida de presidio era horrible, por la insuficiencia de alimentación y la repugnante compañía de los verdaderos criminales, y aun gracias que, por turno, les dejaban colocarse tras las rejas del rastrillo para pedir limosna a los transeuntes y aliviar con ello su precaria situación. El padre de Alcione obtuvo permiso para llevarle diariamente la comida, no obstante la penuria en que la familia estaba; pero aun esta supletoria ración repartía Alcione entre los más necesitados compañeros de infortunio.

En tan horrible prisión permaneció Alcione por no poco tiempo, y entretanto seguía Polux cediendo á sus malas inclinaciones con cada vez mayores tropiezos, hasta que por último, una hermana de ambos, llamada Acuario, á quien Alcione tenía particular cariño, no pudo soportar por más tiempo tamaña injusticia, y sin que su padre lo supiese, escapóse de casa y se presentó al rajá para confesarle toda la verdad del caso. Comprobada la acusación, y descubierta la superchería, fué tan grande el enojo del rey contra la familia, que desterró de por vida á Polux, y puso á Alcione en un oficio de la corte. El padre se suicidó de vergüenza.

Muerto el padre, y ausente para siempre el primogénito, quedó Alcione al frente de la casa, con todas sus obligaciones y dificultades. La remuneración de su cargo palatino le resguardaba de la penuria y permitía mantener la casa con decorosa modestia, aunque en modo alguno devolverle el esplendor perdido. Sin embargo, Alcione computaba de cuando en cuando su hacienda, y vió, por fin, que no le era imposible realizar el perpetuo deseo de su padre, que consideraba como sagrado deber recibido en herencia. Al poco tiempo, resolvió Alcione consultar el caso con Neptuno, sacerdote mayor del vecino templo y hombre muy famoso por su santidad y sabiduría. Escuchóle el brahmán con mucha simpatía y, después de varias razones, aconsejóle que emprendiera una peregrinación á cierta renombrada ermita, para dedicarse por algún

tiempo á ejercicios espirituales. Aceptado el consejo, practicó Alcione las necesarias ceremonias y rogó ardientemente á la divinidad que le auxiliase en su empeño, no por amor de las riquezas, sino para cumplir la voluntad de su padre.

Durante los días de preparación, tuvo Alcione que vivir en el templo todo lo cerca posible de la imagen de la divinidad tutelar. La última noche de su estancia, oyó en sueños una voz que le mandaba regresar á su castillo señorial y remover hasta cierta profundidad el suelo de un sótano poco frecuentado. Volvió Alcione al castillo, pero le asaltaron dudas sobre si debía ó no hacer caso del sueño, hasta que resolvió hacer como se le ordenaba, pensando que acaso fuera la respuesta de la divinidad á sus ruegos.

Puestas manos á la obra, encontró Alcione enterradas bajo el sótano gran cantidad de vasijas de oro y pedrería que, sin duda, ocultó allí algún antecesor movido por arriesgadas circunstancias. Tan espléndido tesoro era de valor más que suficiente para redimir las tierras patrimoniales del gravamen hipotecario y ponerlas en cultivo, con sobrante cuantioso para construir un templo y varias casas de hospedaje, aparte de costear muchas procesiones en agradecimiento á la divinidad. Casó Alcione con Arturo, de quien tuvo tres hijos: Psiquis, Orfeo y Fides, y tres hijas: Canopo, Polar y Cisne.

Pasó el resto de su vida en dichoso sosiego en el desempeño de varios cargos públicos importantes, sin salir de la ciudad natal más que en tiempo de peregrinaciones. Fué siempre Alcione muy religioso, del tipo devoto, amable y benigno con su familia y criados, y caritativo con los pobres. Tan luego como el hallazgo del tesoro le dispensó de la tarea de ganarse la vida, dedicó por entero al estudio buena parte del día, y tuvo reputación de santo y sabio. Cuando su primogénito llegó á la edad del discernimiento, con pruebas de buen juicio, transfirióle Alcione el gobierno de la casa, para retirarse de por vida á ejercicios y estudios religiosos, no al yermo, sino á una choza situada en los jardines de su hacienda, donde murió en paz á edad muy avanzada.

PERSONAJES DRAMÁTICOS

Neptuno...	*Bráhman.*
Ulises.....	*Rajá. Hijo,* Proteo.
Alcione...	*Padre,* Tauro. *Madre,* Virgo. *Hermanos:* Pólux, Gimel. *Hermanas:* Acuario, Beth, Partenope. *Esposa,* Arturo. *Hijos:* Psiquis, Orfeo, Fides. *Hijas:* Canopo, Polar, Cisne.
Psiquis ...	*Esposa,* Caliope.
Fides	*Esposa,* Aleph.
Canopo ...	*Marido,* Daleth.
Pólux.....	*Esposa,* Androna. *Amante,* Melpomene.

(Continuará.)



UNA ESCRITURA DEL YOGA

CONTINUACIÓN (1)

Las Bienaventuranzas.

«¿Quién subirá á la montaña del Señor? ó ¿quién permanecerá en Su Sagrado Lugar?» exclama el Salmista; y contesta de esta manera á la cuestión que él propone: «Aquel que tiene manos limpias y un corazón puro; que no ha exaltado su alma en la vanidad, ni jurado falsamente», dando, como hace todo místico, en parte á los dos lados de nuestra naturaleza; manos-corazón, vanidad-engaño; lo externo y lo interno, forma y vida, substancia y espíritu; como lo hace el Señor un poco más tarde en Su Sermón. ¿Quién subirá á la montaña del Señor, quién permanecerá en Su Sagrado Lugar? La respuesta del Salmista, sucinta, seria, calculada para retener la atención y tornar los pensamientos de los hombres mundanos hacia las cosas no mundanas, pero que no ofrece instrucción definida, es aquí desarrollada en ocho fases diferentes; quizás cada rayo de Su espectro perfecto, cada nota de su lira cuidadosamente puesta á tono, cada temperamento hallado en Su pequeña grey habría de tener su especial satisfacción, su estremecimiento particular, sin embargo, reconociendo el todo al mismo tiempo. Pues la diferencia existe inevitablemente en todas las cosas «bajo el Sol». Él no se manifiesta, nuestro Sol de Justicia, sino á través de Sus Siete Espíritus de la Faz; aquellas «Estrellas Padres» por medio de quienes solamente ascendemos, nosotros los Hijos, hasta Aquél que es para nosotros el Padre de todas las Paternidades. Por consiguiente la séptuple, la óctuple respuesta, la multiplicidad y la unidad.

(1) Véase el número anterior, pág. 594.

Los pobres de espíritu alcanzarán la bienaventuranza; aquellos que ya no ansían las riquezas del Mundo; no miran ya á sus superiores con envidia, sino que tornan sus aspiraciones hacia la riqueza que perdura; la riqueza que, al poseerla, no defrauda á nadie su parte en ella, los caudales de su propia Divinidad.

Los que lloran alcanzarán; aquellos sobre cuyos blandos corazones han caído los golpes del Destino, cuyos múltiples tiernos amores han terminado una y otra vez en cambio, pérdida y sufrimiento, de suerte que ellos también se han vuelto de las cosas externas, han aprendido la lección del Señor Maitreya, y abandonado hogares, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó esposa, ó hijos, ó tierras, ó todos estos por Su Nombre; y recibirán céntuplo y heredarán vida perdurable.

Los mansos también alcanzarán; aquellos que han aprendido la dificilísima lección de la imparcialidad, y pueden tomar las cosas como vienen, no viendo ni mala ni buena fortuna en los incidentes de la vida, sino sencillamente el trabajo de la Voluntad Divina.

Los hambrientos alcanzarán, sí, verdaderamente si su hambre y su sed fuesen de Justicia; no más de licencia, sino en verdad de libertad; no más de desorden, sino de obediencia. «Justicia» (Righteousness), muy bellamente sugiere nuestro término inglés la diligente, directa, recta marcha del conocedor de la ley á quien la Naturaleza, reconociendo bien á su dueño, presta obediencia.

Los misericordiosos; aquellas dulces y compasivas almas que han existido en todas las épocas, quienes como la mujer en casa de Simón aman mucho, no tienen reservas, se efunden en bendiciones igualmente sobre el santo y el pecador, y no piden nunca agradecimiento. María de Magdala, aquella brillante alma, era una de éstas y Juan otra.

Los de limpio corazón se sentarán en el lugar sagrado; aquellos que han quemado todo vestigio de deseo; á quienes la voluntad de vivir—trishnâ, la sed de vida senciente—no les hostiga; ni aun el más sutil deseo de la vida sin forma. Aquellos de quienes podemos decir con Rudyard Kipling:

Es su voluntad servir ó estarse quietos
Como convenga á la gloria de su Padre.

Puros canales de las corrientes de Luz, que no hacen pre-

gentes, no interponen el menor deseo en cuanto al cómo, dónde y cuándo ha de ser el servicio; ellos también, sublimes renunciadores de sí mismos, alcanzan la bienaventuranza.

Los pacíficos subirán á esa Sagrada Colina, porque paz significa unión, y éstos son aquellos que ignoran la separatividad, quienes firmemente rehusan ver división entre Alma y Alma; y no viendo ninguna división he aquí que repentinamente son enterados del secreto; en un rapto se elevan á la Altura y conocen por su propio conocimiento que la separatividad es una ilusión, y que en realidad de verdad Dios y ellos mismos y todas las almas no son más que uno. Benditos son éstos, llenos de bienaventuranza, conocedores de sí mismos; ningún capricho del Destino puede nublar su alegría; en la tierra ó en el cielo, llevando la vestidura de la carne ó sutil nupcial vestido (1) todo es uno para ellos. Ellos saben, y están bañados en el tranquilo esplendor de no interrumpible bienaventuranza.

Los Siete Caminos de la Bienaventuranza; la doctrina es vieja, muy vieja; tan antigua como la Revelación, y tan nueva. ¿Pero estamos nosotros en el fin? ¿No hay otra bienaventuranza todavía, una octava? En verdad la hay y sintetiza á todas las demás:

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la Justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois cuando os vituperaren y os persiguieren y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo.

Gozaos y alegraos, porque vuestra merced es grande en los cielos; que así persiguieron á los profetas que fueron antes de vosotros.

La clave está en esa maravillosa palabra «justicia». ¿Pues quién es el hacedor de la justicia, el conocedor de la ley, el guardador de la ley, sino el Señor de Todo, y aquellos que están á una con Él? Ved al *Canto Celestial*:

Cuandoquiera que la rectitud desmaya, ¡oh Bhârata! y cobra bríos la iniquidad, entonces renazco.

Para proteger á los buenos, confundir á los malos y restaurar firmemente la justicia. De edad en edad renazco Yo con este intento (2).

Sí, Él es nacido y «en él mora toda la plenitud de la Deidad

(1) *Wedding-garment* en el texto inglés.
(2) *Bhagavad Gita*, IV, 7.—(*N. del T.*)

corporalmente», ó puede ser algo menos que eso; pues la medida de su manifestación es la medida de la necesidad del Hombre. Exquisita la Divina Economía; sin tacha el equilibrio del Fin y los Medios: ni pródiga ni tacaña la efusión, sino perfectamente proporcionada al trabajo de ella requerido; pues si la Voluntad de Dios dirige, no menos guía la Sabiduría de Dios. Y la suerte de aquel que viene para declarar otra vez la Ciencia Real, el Real Secreto, ya sea Él el más grande ó el menor de todos los Hijos de Dios, necesariamente ha de ser mala; pues él ha de afrontar á todos los retados poderes de la Muerte y del Infierno, y el Infierno puede levantarse ceñudamente contra Él. El hombre es una criatura medrosa. La luz nueva le molesta; los pensamientos no usuales le arrancan de sus fundamentos; la Belleza extraña le llena de presentimientos; no puede entender que las incómodas agitaciones del corazón son heraldos de inenarrables delicias; las siente como destructoras, y combate por mantener asido aquello que se le ha hecho caro. Y sobre él, combatiendo así, derraman fuerza los Malos utilizándolo como arma suya. Ellos exaltan cada sentimiento, intensifican el deseo, acentúan la hostilidad y ennegrecen el pavor; y Aquél que viene á salvar, ha de afrontarlo todo.

Bienaventurados sois. ¿Eran estos Discípulos entonces de aquellos que vienen para salvar al Mundo? Seguramente; pues nunca desde el principio de las edades ha venido solo el Salvador. Éstos eran Sus Elegidos: «Vosotros no me habéis elegido, pero yo os he elegido á vosotros» (1), les dijo Él; si «y ordenados que salieseis y produjeseis fruto, y que vuestro fruto permaneciese». Y también «vosotros ya estáis limpios por la Palabra que os he hablado» (2), esa maravillosa palabra donadora de vida que todo aspirante anhela oir; y oirá si avanza, avanza y avanza, y no desmaya. Iniciados en sus misterios, éstos; holladores del Sendero bajo Su amorosa guía, Su iluminador consejo, Su sostenedora fuerza. Si Él, el Sol de Justicia, se levanta otra vez sobre el Mundo, entonces éstos Sus Rayos, Sus «Alas de curación—el místico Espectro bajo cuyas «quebradas luces» la Pura Blanca Gloria puede fluir en las mentes y en los corazones de los hombres. En *Pistis Sophia*, ese tesoro sin precio de la

(1) *San Juan*, XV, 16.—(*N. del T.*)
(2) Idem, XV, 3.—Idem.

forma Cristiana de la Fe Única, vemos al Señor informando francamente á sus seguidores de las venidas, de los descensos—de los del Bautista, de los de ellos, de los de Su Madre y de los Suyos propios:

«Ocurrió, cuando Yo hube pasado por en medio de los gobernadores de los eones, que miré abajo al mundo de los hombres, por orden del primer misterio; encontré á Isabel, madre de Juan el Bautista, antes que lo hubiese concebido: infundí en ella un poder que yo había recibido de manos del pequeño Iao, el bueno, quien está en medio, para que pudiese predicar antes que yo y preparar mi camino y bautizar en el agua de la remisión de los pecados. Este poder, pues, está en el cuerpo de Juan.

»Además, en la región del alma de los gobernadores, destinada á recibirla, hallé el alma del profeta Elías, en los eones de la esfera, y lo tomé conmigo, y recibiendo también su alma, le traje á la virgen de la luz y ella la dió á los receptores; y ellos la trajeron á la esfera de los gobernadores y la vaciaron en el útero de Elisabeth.»

Y también: «Por esta causa os he elegido desde el principio á través del primer misterio. Regocijáos, por lo tanto, y alegráos de que cuando vine al mundo, desde el principio, traje conmigo doce poderes, como os dije desde el comienzo. Los tomé de las manos de los doce salvadores del tesoro de luz, según mandato del primer misterio. Estos poderes, por esta razón, los vacié en las matrices de vuestras madres cuando yo vine al mundo, y son los que están en vuestros cuerpos en este día. Pues estos poderes os han sido dados ante el mundo entero, pues sois vosotros quienes vais á salvar al mundo entero.....»

Esto y mucho más dijo el Señor á Sus Discípulos, otra vez «sobre el monte»; y aunque el lenguaje usado es altamente técnico, el significado general es tan llano como puede serlo. ¡Bien podían ellos gozarse en la tribulación! La vergüenza, el sufrimiento, las amargas aflicciones, ¿no eran prueba de un divino cometido?

Así persiguieron á los profetas que fueron antes de vosotros.

Antes de *vosotros*, vosotros, también sois profetas; el odio de los hombres es el testigo seguro de vuestro elevado ejercicio. Mirad hacia atrás, ¿faltó tal testimonio desde que fué el Mundo? No. Entonces conoced esto según es el inconsciente reconoci-

miento por el mundo de los propósitos de Dios de custodiarlo, que ha de ser cumplido en vosotros.

Y si la sal perdiere su sabor, con qué será salada.

¡Con qué en verdad! Pues la sabiduría de abajo es terrena, sensual, diabólica, y no conduce á parte alguna; y los pies de los hombres que son todavía hombres porque no se han atrevido á abnegar su naturaleza íntima, pisarán el Sendero bajo la dirección de otros, fieles servidores de su Señor.

MAITRA

(Traducido de *Theosophy in New Zealand*, por José del Castillo y Pérez)

(Se continuará.)

EN EL CREPÚSCULO

Aquí tengo—dice el Errante—una carta de Inglaterra en la cual se refiere un incidente interesantísimo. Está suscrita por una M. S. T., sensitiva y muy inteligente, dice así:

«La noche del viernes, 6 de Mayo, poco después de las once de la noche, estaba sola, sentada en la sala de mi casa. Había leído el último boletín acerca del estado del Rey, y, naturalmente, sabía que sus médicos abrigaban serios temores por su vida. Sin embargo, no estaba conscientemente pensando en él, sino ocupada por completo en otros asuntos. De repente, me parecía que atravesaba la habitación un clamoroso y penetrante grito; debí haber perdido la conciencia por un momento, pues tenía la sensación de volver en mí con dificultad, hallándome con ambas manos fuertemente apretadas contra el corazón, y éste agitado hasta sofocarme. Tenía una vaga idea de haber ido á la ventana para ver si el clamor venía del exterior; pero mientras pensaba en esto oí, una tenue inflexible vocecilla que decía distintamente: «El Rey ha muerto». Me senté, inmóvil, y á los ocho ó diez minutos, aproximadamente, el reloj del apeadero dió las doce. Este reloj está cinco minutos adelantado con la hora de Greenwich que regula todos los relojes públicos de la ciudad, de manera que, en el momento de oir el grito, serían las 11,45 de la noche. No he oído otros ruidos fuertes, pero en tanto me desnudaba tuve noción de un gran disturbio psíquico á mi alrededor. Tan pronto como me acosté experi-

mentí una enorme dificultad en permanecer en mi cuerpo, el cual, por momentos, se hacía insensible y desfallecía, al mismo tiempo que latía mi corazón tan desordenadamente, que en ocasiones llegué á creer que se pararía del todo. Finalmente, cuando me dormí, estuve consciente de un sentimiento de intensa angustia, y noté que no me atrevía á separarme de mi cuerpo por temor á ser incapaz de volver. Cuando por la mañana entró la sirvienta con agua caliente, aguardaba yo las palabras que estaba segura habría aquélla de pronunciar, eran éstas: «El Rey ha muerto.»

«No debe maravillarnos—expone el Errante—el que muchos percibieran algunas vibraciones motivadas por la emoción de millares de personas, á medida que se extendía la noticia. Además, la muerte de un Gran Rey conmueve el mundo astral al ser éste invadido por las ondas del sentimiento popular. Yo recuerdo que las grandes olas de amor y aflicción lanzadas en torbellino por millones de corazones sobre la reina Victoria después de su muerte, despertaron á ésta del estado de inconsciencia que, como siempre, sucede al abandono de su cuerpo físico. Probablemente la que escribe percibió algo de la onda emocional de la multitud estacionada en los alrededores de *Buckingham Palace*. Es muy posible que durante aquel segundo de inconsciencia haya ido á Londres y oído pregonar: «El Rey ha muerto.»

«No es nada raro un grito repentino como aviso de muerte», dice el Pastor.

La conversación giró entonces sobre los diversos modos en que la muerte es anunciada. Dos señoras allí presentes relataron diferentes casos en que se veía un pájaro blanco en actitud desesperada, á la ventana, cuando alguna persona iba á morir. También se hizo referencia al emplazamiento; esto—dice el Pastor—puede ser un elemental ó bien una forma de pensamiento. A petición del Errante, aquél repitió la historia de la admonición prefuneral dada á su propia familia. Es como sigue: «Uno de sus antecesores se alistó en una cruzada, llevando consigo á su hijo único, á fin de que éste ganase las espuelas en Tierra Santa. Empero en la primera batalla fué muerto el joven; viniendo á unirse al natural é intenso dolor del padre, una horrible ansiedad por la suerte del alma de su hijo, el cual había muerto sin recibir los últimos consuelos de la Iglesia. De tal

modo remordía esto su conciencia, que se metió monje, pasando en oración el resto de su vida, con dos objetivos: primero, por el alma de su hijo, y segundo, porque ninguno de sus descendientes encontrase la muerte desprevenido. Desde entonces los miembros de su familia, en línea recta, han oído siempre, antes de sus muertes, una extraña música fúnebre; ésta parece repetir los mismos acordes de la melodía cantada en el entierro del hijo del Cruzado. Como él es el último de su nombre—agrega el Pastor—y el aviso de muerte parece no alcanzar á las ramas colaterales de la familia, tendría curiosidad por saber qué sucede después de su muerte. La última vez que él la oyó, parecía estar en completo vigor y calcula que aún puede durar mucho tiempo; aunque no sabe cómo *esto* fué elaborado.

Estando un día en Benares sentado en su *bungalow* con un amigo—indica el Errante—oyeron un carruaje que se acercaba á la puerta; mas como no llamaban, salieron ellos á ver quién era, y se hallaron con que no había allí ningún carruaje. Era hacia las ocho ó las nueve de la noche. Este caso trae á la memoria las historias de coches que en varias familias inglesas se dice que llegan á la puerta poco antes de morir alguno de sus miembros. Pero en aquella ocasión no ocurrió como secuela, ni muerte, ni acontecimiento especial de ninguna clase. Había allí también un toro-fantasma en el jardín, el cual embestía á veces á la gente, haciéndola salir y echar el cerrojo precipitadamente.

«¿Qué hubiera sucedido si no salen?»—pregunta el Pastor.

«¡Pero salían siempre!»—le contesta el Errante.

El Pastor objetó: «Pero sin duda, una vez ciertos de que el toro era realmente astral y no físico, debieran haberle esperado; habría sido muy interesante.»

«Yo conozco á un individuo que seguía ese principio»—advierte un miembro.—«Mandó edificar una casa, arreglando su dormitorio en el piso principal; la primera noche que fué á dormir allí, una aparición le exhortó á no hacerlo, pues algo grave le iba á suceder. Por cuya razón se mudó al piso bajo. Esta operación se repitió varias noches. Por fin, una de tantas, rehusó obedecer al requerimiento del espíritu, acostándose en su dormitorio. Una sacudida tremenda acompañada de un bote le despertaron en mitad de la calle, adonde él y su cama habían sido misteriosamente traspuestos en la placidez de la noche.»

Habló el Errante respecto á los diversos esfuerzos llevados

á cabo en el pasado con el objeto de reclutar individuos y elevarlos á sentir la existencia de lo superfísico. En una aldea de Alemania eran instruidas extrafísicamente algunas personas en las doctrinas del Cristo; tenían iniciaciones adecuadas, siendo costumbre recibir en el dorso de la mano ó en los brazos, una especie de estigma, como una cruz impresa con puntillos rojos por medio de una punta de alfiler; debían de *pensar* en ésta hasta que aparecía: era muy doloroso por la acción intensa del pensamiento que, evidentemente, hacía á la sangre exudar á través de la piel.

«Ese es parecido al proceso educativo que los jesuítas siguen» —dice el Erudito.— «Estos tienen que construir mentalmente un cuadro—v. gr.: la Pasión—, pero con sus detalles más insignificantes. Colocan en cierta actitud y en determinado lugar una figura, y la revisten de cierto modo, prosiguiendo esta práctica hasta que todo el cuadro vive en sus mentes.»

El Pastor refirió un notable incidente que Demetrio había tenido cuando sólo contaba seis ó siete años de edad. «Su madre pertenecía á una noble familia del norte de Europa; durante su permanencia en el castillo de sus antepasados, había él visto repetidas veces una aparición con blanca figura resplandeciente de hermosa dama, que asombraba aquel lugar. No le tenía miedo alguno, sino por el contrario, deseaba ardientemente entablar con ella relaciones. Una noche de luna, cuando ya estaba él en cama, la aparecida entró en su cuarto, y acercándose adonde estaba acostado, lo tomó en brazos. Admite haber experimentado cierta repugnancia, pero en su mente brilló la idea de que aquella señora lo iba á mostrar el lugar de un tesoro escondido, que se decía existir en el castillo, y determinó estarse quieto; el espíritu, desgraciadamente, al entrar había dejado la puerta abierta, y acertando á pasar por allí á la sazón una nodriza ó ama de gobierno, ésta lanzó un grito, capaz de helar la sangre, al ver la aparición; poniendo al niño en el suelo, el fantasma desapareció, lamentándose aquél dolorosamente de haber perdido la oportunidad. «Este niño y su hermana eran extraordinarios», agrega el Pastor. «Escribieron, antes de cumplir él los once años, la descripción de una de las actuales evoluciones del interior de la tierra, cuyo lugar habían visitado. Este libro había sido ilustrado por ellos mismos, con figuras que daban realmente una idea muy exacta de aquel mundo interno.»

El Errante relata una experiencia psíquica en que Aurora había demostrado, en verdad, la mayor sangre fría: «Ya acostada una noche vió de pie, al lado de su lecho, un hombre de mala catadura mirándola fijamente. Aurora preguntóle lo que deseaba, sin obtener contestación alguna; entonces ordenó á su visitante fantasma que se retirase, sin conseguir ningún resultado. «Bueno, pues si no queréis hablar, ni retiraros, yo me voy á dormir», dice Aurora; y volviendo la espalda al aparecido, se durmió tranquilamente. «Por mi parte siempre hubiera preferido estar de frente á semejante visita»—añade el Errante.

Un día que Aurora descendía á caballo por una barranca, le sucedió también encontrarse con la aparición de un caballo con su jinete, ante el cual su cabalgadura respingó violentamente. Aurora, que no había reconocido la naturaleza inmaterial de las figuras que tenía al frente, mortificada arreó diestramente su caballo. Este se abalanzó, y, para su asombro, pasó en claro á través del caballero y su corcel.

(Traducido de *The Theosophist*, Octubre 1910, por J. V. G.)

ESTUDIOS TEOSÓFICOS (1)

Preguntas recibidas.

11. *Dotado el hombre de una chispa divina, ó parte del gran Todo, quien en sí mismo reune en sumo y absoluto grado todos los potenciales atributos de Sabiduría, Amor y Poder ¿qué experiencias que no estén comprendidas en esos tres atributos viene el humano á adquirir en su peregrinación por este planeta? Explique quien pueda este arcano.*

Un Estudiante de Teosofía.

Habana, 28 Junio 1911.

Respuestas.

Olvida el que formula la pregunta que el gran Todo comprende en sí, no solamente los atributos de Sabiduría, Amor y Poder, sino también sus contrarios y todo lo concebible ó inconcebible por nosotros,

(1) Rogamos á todos, encarecidamente, nos manden preguntas y contestaciones para esta Sección, procurando que sean claras y concretas, ciñéndose al asunto de que se trate. De este modo podemos ayudar á los demás en cuantas dudas les sugiera el estudio á que se consagren. —La Dirección.

puesto que es Aquello que sólo el Silencio puede imperfectamente formular en nuestra limitación. La diferenciación y jerarquización, si multánea en los Planos divinos superiores, se realiza sucesivamente en los planos densos en su incesante transmutación, que constituye el Gran Aliento y forma el período de manifestación, actividad ó Manvántara. La realización del orden salido del caos, el florecimiento de los principios directores, cuya culminación es Sabiduría, Amor, Belleza, Bien, Poder, Libertad, Acción cósmica—, en una palabra, aceptación como Unidad ó embrión de una futura floración de los principios directores del Kosmos, es el sentido de las experiencias que la individualización producto de la disgregación manvantárica—, el nacimiento de las Mónadas—, ha de adquirir en su paso por los grados diversos del plan divino. Sólo así se realizará la conquista para cada Mónada de la Conciencia cósmica ó Poder sobre los principios evolucionados, que ha de dar á cada una, según su Rayo, la facultad de intervenir en las esferas sublimes del Sér y la ha de capacitar para unificarse en la corriente de retorno del Gran Aliento, con Mónadas del mismo rayo al objeto de constituir unidades de un Orden Superior.

J. O. R.

Notas, Recortes y Noticias.

El Congreso de las Razas. A fines de Julio de 1911, Londres vió en el recinto de su Universidad el primer Congreso de las Razas. Era el primer paso práctico hacia la unión de toda la humanidad. Después del espíritu, el cuerpo; dondequiera palpita el corazón humano, igualmente lo hace de temor que de esperanza. Hace tiempo que el hombre acudió al Congreso de las Religiones en América y hoy concurría aquí á discurrir sobre las dichas y crueldades que dependen de él; á discutir los problemas de justicia y derecho, de compasión y fraternidad que se pueden resolver desde este mundo. En las primeras filas de los delegados brilló la China, cuya antigua y alta civilización había encarnado toda su dignidad y gracia en un eminente estadista y su encantadora exquisita compañera. (Sé que falto á la cortesía de extremo Oriente al decírselo.) El, en perfecto inglés, nos expresó los esfuerzos que para mejor acuerdo con Europa y América habrá intentado ya la Sociedad fundada con ese propósito en Shangai. Terminó su discurso con el profundo refrán: *Yen che yen ye.* «El hombre es la humanidad.» Oyéndolos á ambos, los ojos del espíritu veían las llanuras del Imperio Florido con horizontes color de fuego ó de lila, las barcas cuyos farolillos centelleantes brillaban como luciérnagas en los grandes cañaverales,

las flores poderosas, las descomunales leyendas y el Tesoro del Dragón, en que la tradición de los semidioses mantiene bajo su paso á los Hijos y las Hijas del Cielo.

¿Podrá la antigua Cathay, la raza de las «Cien Familias», hijas de los Toltecas, elegir entre el pasado, cuyo velo de polvo con ser de oro la amortaja, y el porvenir que reclama el cuerpo vivo y el corazón enteramente humano?

Curioso era para los teósofos ver de cerca un verdadero Tolteca, un hombre de la raza Roja, recién llegado de los «territorios» indios donde, veinte mil años ha, pasaron las primeras expediciones de los ejércitos de Atlántida. El discurso del doctor Eastmann, el Indio, estuvo impregnado de indecible poesía, y, sobre todo, en la espiritualidad del amor que manifestaba por su hermosa tierra, «tan hermosa que no os la podéis imaginar», y del reproche fraternal, sin hiel ni odio, contra los que habían venido y se habían apropiado ese país.

Más vehementes ¡ay! en cierto momento, más amenazadoras fueron las reclamaciones de los Malésen, Negros y Indios contra los conquistadores blancos. Los mismos que amenazaban debieron reconocer que se extraviaban.

Un viejo negro del Africa del Sur, vino conmovido á expresar su gusto porque se les había recordado y llamado: «Es como agua refrescante en el desierto.» Una mulata joven y bonita manifestó su gratitud á las mujeres blancas que habían hablado en pro de las Razas de Color. El instigador del Congreso, el Dr. Félix Adlers, dió la nota final con el consejo de mirar siempre á los más oprimidos y desgraciados, ó que creen serlo, para que el sentido de nuestro deber domine las exigencias de nuestro derecho.

El gran acontecimiento del Congreso era, como siempre, la aparición de la Sra. Besant. Tres veces tomó la palabra por la India, ya entusiasmando al concurso ya provocando protestas; la impresión fué inmensa, sobre todo en las razas de color que veían despuntar en Occidente una verdadera aurora de esperanza.

Y los miembros del Congreso, tomando algunas resoluciones que podrán prácticamente servir al gran fin que los había congregado aquellos instantes demasiado breves, y enterándose de las innúmeras asociaciones que ya florecen en el campo terrestre, pudieron decir con el venerable profesor Ranké: «Hombre, saluda á la Humanidad.»

Niño.

La fotografía del pensamiento. Hay toda clase de rayos, los rayos X y los rayos V; pero estos últimos son los menos conocidos, aun cuando no son los menos importantes, pues ¿no son estos rayos emitidos por los seres humanos, y, por tanto, los que salen de nosotros? Ellos forman parte de nuestra múltiple acti-

vidad, y el día que se llegue á conocerlos perfectamente habrá nacido una nueva ciencia.

El comandante Darget se ha consagrado, desde hace mucho tiempo, al estudio de los rayos V. Tomando como punto de partida la hypnosis de que tanto y tan atentamente se ocupó el Dr. Charcot, se planteó la cuestión de averiguar si sería ó no posible registrar fotográficamente las imágenes mentales, esto es, los fluidos vivos transmitidos de una persona á un paciente.

Efectuó numerosas experiencias en las cuales debían alcanzarse determinadas condiciones particulares si se quería obtener un éxito, pues era imprescindible no descuidar ninguna circunstancia. El éxito recompensó al sabio comandante Darget á cambio de sus persistentes esfuerzos.

En un cuarto oscuro, después de haber mirado fijamente un bastón á la luz roja para fijar bien su forma en la mente, dirigió su atención con toda la fuerza de la voluntad sobre una placa fotográfica sumergida en un baño revelador en el que introdujo los extremos de sus dedos. Transcurrido unos quince minutos, se reprodujo sobre la placa la forma del bastón.

Otra experiencia se hizo con una botella que dió también un resultado satisfactorio.

El comandante Dargat ha presentado una Memoria á la Academia de Ciencias de París explicando sus investigaciones. El interés es indiscutible, y la veracidad de los hechos no puede ponerse en duda, puesto que cada experiencia ha sido efectuada delante de seis testigos.

(Del *Excelsior*, 15 de Agosto de 1911.)

Una sirena. En Dijón, cerca del hermoso hotel de Mimure, propiedad del poeta Stéphen Liégeard, hay una sirena en poder de un comerciante que la explota exhibiéndola.

Esta sirena no es obra de un artista, ni se parece á aquellas que probaron tentar á Ulises. No tiene nada de fabulosa, pues se reduce á un monstruo zoológico que ha sido descubierto momificado en una gruta salina del mar de Behring, y traído por el vapor *Tonkin* de las mensajerías marítimas.

Este monstruo ofrece un aspecto extraño y confuso. Su estructura recuerda la de un ser humano, de igual modo que el hippocampo recuerda la conformación del caballo.

La *sirena* de Dijón posee dos mamas pectorales y trece pares de costillas; las apófisis de la columna vertebral continúan hasta el vértice de la cabeza; los brazos, articulados como los del hombre, terminan con manos palmípedas, armadas con potentes garras. La parte inferior del cuerpo es como la de un gran pez. La cabeza, cuyas mandíbulas están provistas de agudos dientes de ictiófago, está cubierta de pelo leonado. Su conjunto es casi humano. Esta curiosidad zoológica es por todos conceptos extraordinaria y va á ser sometida al examen de los sabios.

(Del *Journal de Ginebra*, 17 de Agosto de 1911.)



[illegible] de la R. T. de Arjuna (Madrid).

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

La Sociedad Teosófica en España. Según los datos que publicamos en SOPHIA de Enero (pág. 74), cuyas cifras correspondían á la fecha de 31 de Diciembre de 1910, había en España 87 miembros de la Sociedad Teosófica, que se descomponían de la siguiente manera:

Miembros con diploma	72
Solicitudes en curso	15
Total	87

En los meses transcurridos de este año ha habido:

Altas	12
Total	99
Bajas por indolencia de los individuos ú otras causas	7
Total hoy	92

Estos 92 miembros forman parte de las Ramas del siguiente modo:

Rama de Madrid	20
» de Barcelona	15
» «Arjuna»	18
» «Fraternidad»	14
«Grupo de Pontevedra»	3
Miembros sueltos	22
Total	92

Los datos referentes á la «Rama Arjuna» no son exactos

por no haber remitido sus oficiales el estado que de ellos se solicitó en Sophia del mes pasado (pág. 610).

Además de estos 92 miembros con diploma existen 8 solicitudes en curso.

El total de miembros se distribuye en España por provincias en esta forma:

Barcelona	33
Madrid	23
Sevilla	12
Pontevedra	2
Cádiz	3
Canarias	2
Gerona	2
Granada	2
Baleares	1
Bilbao	1
Lérida	1
Salamanca	1
Zamora	1
Residentes en París	2
Total	92

R. Treviño.

Madrid 30 Septiembre 1911.

Congreso Teosófico en Génova.

Con fecha 10 de Septiembre recibimos el siguiente telegrama del Secretario general de la Sección Italiana, cuyo contenido comunicamos á todos los miembros de la Sociedad Teosófica de España que se disponían á emprender el viaje para asistir al Congreso.

«Génova 10, 17h42.

Suprimido el Congreso por orden de Mme. Besant. Avisad »á los miembros.—*Penzig*.»

El día 11 confirmó telegráficamente esta orden el Sr. Xifré, Agente presidencial para España.

Carta de Génova.

Hacía ya como diez días que estaba yo en Génova, ayudando en los últimos preparativos del Congreso, cuando el 9 de Septiembre llegó un telegrama de la Sra. Besant avisando que el Congreso no tendría lugar. Algunos miembros

partieron inmediatamente; pero la mayoría permaneció, aumentada constantemente por los recién llegados, de suerte que el día del Congreso un centenar estábamos reunidos en Génova. Fueron representadas (exceptuando la Sección Italiana) sobre todo Rusia, después Francia (con Argelia, Túnez y el Cairo), Escandinavia, Holanda, Alemania, Bulgaria, Suiza, Hungría, América y España, que lo fué por mí. Estaban presentes los Secretarios generales de Rusia, Francia y Escandinavia. En vista del gran número de teosofistas se resolvió aprovechar la coyuntura para discutir asuntos de interés general. Se rogó á la Sra. Kamensky (Secretaria general de la Sección Rusa) que presidiera las sesiones.

Fuimos nombrados Secretarios la Srta. Guerria y yo.

Los temas de discusión fueron:

Viernes 15 de Septiembre: 1.º «¿Qué es la labor teosófica?» 2.º «¿Cuáles son los métodos de trabajo?»

Sábado 16. «La orden de Servicio.»

El domingo 17 por la mañana hubo una magnífica conferencia de la Sra. Kamensky sobre los bardos rusos, y por la tarde una comunicación de la Sra. Ounkovsky sobre la relación entre el color, el número y el sonido y su aplicación en la educación.

El *Bolletino* (italiano) y *Le Théosophe* (francés) darán los informes detallados de esas sesiones que, gracias á la señora Ounkovsky, fueron abiertas y clausuradas con música, nos hicieron apreciar cuán recomendable es este elemento para las reuniones teosóficas, proporcionándonos á la vez oportunidad de estrechar relaciones, convencidos de que no nos juntaba el acaso, sino que nos hallábamos allí congregados por el karma.

Raimundo van Marle.

Viaje de Mme. Annie Besant.

Nuestro Presidente ha salido de Londres con dirección á la India el día 22 de Septiembre último. Tanto á ella como á todos los que la acompañan les deseamos un feliz viaje.

Su trabajo sin tregua, la inspiración de su palabra y sus preciosos consejos esparcidos por Europa durante los cuatro meses y medio que ha permanecido aquí, han impreso un potente impulso que, sin duda, perdurará mucho.

¡Que pronto la tengamos de nuevo entre nosotros!

El desarrollo de la Sección Cubana de la S. T.

La Sección Cubana de la Sociedad Teosófica comprende desde la orilla Norte del Río de las Amazonas hasta la frontera de Méjico y los Estados Unidos, y tiene su oficina en la Habana, calle de Enrique Villuendas, 174, altos.

El Sr. Rafael de Albear es el Secretario general de la Sección Cubana. Cuenta esta Sección con 568 miembros y 36 Logias.

En Banes existen tres Logias, cuyos nombres son: «Progreso», «Adelanto» y «Fraternidad». La primera cuenta con 9 miembros, la segunda con 14 y la tercera con 42.

(Del *Correo Semanal*. Banes)

Conferencia de la Rama «Destellos».

A mediados de Agosto celebró una notable reunión la Rama «Destellos de Oriente», de San Luis (Cuba), á la que asistió lo más selecto de esa villa. El salón-teatro donde se verificó resultó pequeño para tanto público. En esta memorable sesión hicieron uso de la palabra D.ª Dolores Soriol de Ortiz, Presidenta de la Rama «Kriya», de Santiago; D.ª Concepción Jiménez de Rodrigues, de la misma ciudad; los Sres. D. Luis Urquía, de «Loto Blanco»; D. Francisco Contreras, D. Heliodoro Antiño y D. Manuel Barbán, de la Rama «Destellos de Oriente»; el Dr. Villalón y D. Carlos Gonzáles, de «Caridad», de Palma Soriano.

La espinosa y trascendental labor de la Sociedad Teosófica, al igual que en Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Alemania, España, Italia y un sinnúmero de pueblos de todo el mundo, comienza á dar sus frutos también en nuestra querida tierra cubana, que, no por ser joven nuestra raza y nuestra patria, deja de tener también su exponente glorioso de seres espirituales que se preparan, igualmente que los de otros pueblos, para la realización del más grande acontecimiento de todos los realizados de veinte siglos á la fecha: la aparición de un Supremo Instructor del Mundo. Felicitamos sinceramente al pueblo de San Luis, que ha sabido responder de manera tan sincera al llamamiento de la Logia «Destellos de Oriente». ¡Loor á aquella Logia teosófica que sabe realizar tan dignamente su labor espiritual!

Es muy probable que esta Rama «Caridad» adquiera terrenos para edificar un local apropiado.

M. R. SOLANO.

Nuevas Logias.

LOCALIDAD	NOMBRE	Fecha de la carta.
Porto Alegre, Brasil (América del Sur)...	«Jehoshua»...........	22-1-911
Bulawayo, Rhodesia (Sur de África)..	«Bulawayo»	22-2-911
Pori (Finlandia)........................	«Kankomiell»........	7-5-911
Bizert, Túnez (Francia)..............	«Hazika»	12-5-911
Cristianía (Noruega)................	«Vidar»	18-5-911
Mau, distrito de Jhansi (India)......	«Mau»................	20-5-911
Glasgow (Escocia).....................	«A. Besant Glasgow».	20-5-911
Musselburgh (Escocia)...............	«Musselburgh»......	20-5-911

Logia que vuelve á la actividad.

LOCALIDAD	NOMBRE	Fecha de la carta.
Marsella (Francia).....................	«Máyá».............	2-6-911

Logia disuelta.

LOCALIDAD	NOMBRE	Fecha de la carta.
Pretoria, Transvaal (Sur de África)...	«Arcadia»...........	28-2-911

U. R. ARIA.
Secretario Archivero S. T.

Adyar, 10 Julio 1911.

Fondo M. C.

Después de haber remitido al Secretario general de la Sección Inglesa los fondos que habíamos reunido, recibimos la siguiente cantidad, con la cual encabezamos una nueva lista.

D. Pedro Crusat.............. 10 pesetas.

M. TREVIÑO.

30 Septiembre 1911.

NECROLOGÍA

Con profundo sentimiento hemos de comunicar á nuestros lectores la gran pérdida que en el mundo objetivo acaba de ex-

perimentar la Sociedad Teosófica en Francia. El 28 de Agosto último ha muerto en Lausanne, á donde había ido á reponerse de una grave dolencia, nuestro querido amigo y hermano míster Lièvin Rèvel, padre del activo é inteligentísimo Director de *Le Théosophe*.

Además de la labor que M. L. Rèvel efectuaba en este popular quincenario teosófico, escribía una porción de artículos que veían la luz pública en otros periódicos, y á su talento debemos las siguientes é interesantísimas obras: *Le Mécanisme de la pensée* (agotada), *Les Mystiques devant la Science*, *l'Evolution de la conscience* y *Fraternité des Religions*. El último artículo que escribió fué uno publicado recientemente en *Le Théosophe* con el título *Précocité des enfants*.

M. L. Rèvel era subingeniero de minas, propuesto por sus jefes para la Legión de Honor, condecorado por dos veces con la Medalla de Salvamento por haber arriesgado otras tantas su vida en provecho de sus semejantes.

Unimos nuestro sentimiento al de los Sres. Rèvel y al de todos los teósofos franceses.

R. T. V.



Orden de la Estrella de Oriente.

Génova 21-8-1911.

«Querido amigo:

»Estoy á punto de marchar de aquí. Hemos pasado algunos días interesantes, pues nos juntábamos unos cien teósofos de todas partes de Europa. Yo he sido uno de los dos Secretarios de este Congreso no oficial, del cual aparecerá la Memoria en *Le Théosophe*.

»Con la presente le remito á usted una muestra del color de la «Orden de la Estrella de Oriente». Mme. Besant dice que el color ha de ser azul claro, y se ha elegido este azul y se desea que sea este mismo el que se emplee en todas las naciones.

»De momento no se ha dispuesto que se emplee el color de la Orden; pero cuando se dé esta disposición, éste será precisamente el color que se ha de utilizar.

»Creed en mis más fraternales sentimientos.»

Raimundo van MARLE

Donna M. Ruspoli, representante nacional de la Orden en Italia, nos da cuenta de su interesante proyecto de reunir en una publicación todo cuanto se ha publicado ó se publique en las diversas naciones, religiones y sectas sobre la próxima venida de un Gran Instructor.

La Sra. Ruspoli ruega á todos la comuniquen cuantas noticias sepan sobre este asunto, para que ella pueda recopilarlas, cooperando de este modo á la obra que se propone.

La dirección de la Sra. Ruspoli es como sigue:

ITALIA

Donna Margherita Ruspoli.

Villa Cevasco.

CORNIGLIANO LIGURE

POR LAS REVISTAS

Boletín de Adyar. (Agosto 1911).

Notas del Cuartel General.—Una cuestión de humanidad.—Relato de la gran manifestación que tuvo lugar en Londres el 17 de Junio último en la que tomaron parte setenta mil mujeres para protestar contra el desahucio político de la mujer. Tomó también parte Annie Besant al frente de los miembros de la orden «Co-Masónica», y habló para deslindar el verdadero significado del acto, que declaró no ser político, sino nacional.

Sepultura y cremación, por C. W. Leadbeater. Bajo todos los puntos de vista, el sistema de someter los cadáveres á una lenta putrefacción debajo de tierra, es condenable. Estremece el sentimiento, es causa de peligro para los vivos y determina la atracción de entidades inmundas. Además, el hombre ordinario que siempre ha vivido identificado con su cuerpo, no se resigna fácilmente á vivir separado de él, y en vez de entregarse francamente á la sana vida astral, echa la mirada atrás, y no teniendo otro medio de ponerse en relación con lo que dejó, sino su cuerpo físico, procura volver á él, y aunque sus esfuerzos son frustrados en suma, suele encontrar en ese cuerpo en descomposi-

ción la base de una imperfecta é inmortal semi-materialización. No puede volver al cuerpo denso, lo cual sería un caso de vampirismo, pero se apodera de la materia etérea, á la que arrastra consigo, y, hasta que consigue desprenderse de ella, sufre inútilmente y retrasa su evolución. Todas estas causas de mal para los vivos y los muertos, no pueden existir cuando el cuerpo es rápidamente reducido por el fuego á sus elementos constitutivos.

Desde adentro, por Z. O. Relato de una visión en la que, por la operación del Divino Amor, todos los seres en la variedad de extraños mundos aparecen como sumidos en Unidad.

La masonería de los Indos. Artículo escrito en 1882 para el *Theosophist* demostrando la antigüedad y esotericismo (hoy perdidos en la moderna masonería) de la masonería religiosa en el credo Brahmánico.

Fracasos, por M. Barbara Jones (traducido). Una prueba, para ser efectiva, tiene que llevarse hasta el punto de ruptura. Cuando un fabricante quiere hacer un cable que resista cierta tensión, sea 100, prueba las muestras hasta que se quiebran. Entonces, si el punto medio de ruptura es 105, puede garantizar que el cable resistirá una tensión de 100, dejando así margen para contingencias inesperadas.—Los Maestros necesitan auxiliares para hacer cierto trabajo muy importante, que *debe* no fracasar. Un hombre parece conveniente para el puesto. Pero ¿será bastante fuerte? Lo prueban con cierta clase de labor en que un fracaso no tendrá gran trascendencia. Si este hombre fracasa, otro tomará el puesto. Se acumula dificultad sobre dificultad, hasta que, por fin, el hombre falla, y él, no comprendiendo que esto sólo es una prueba, se aflige. El mundo lo llama un fracaso. Pero como todo gasto de energía viva resulta en mayor fuerza, pues el uso de los músculos acrecienta el vigor, el hombre se recoge y prueba otra vez. Nuevamente fracasa, pero esta vez no quiebra hasta que la tensión que haya alcanzado sea 90. El procedimiento se repite aún, y queda firme hasta que la tensión haya alcanzado 95. Al esfuerzo siguiente se sostiene hasta el punto requerido de 100. Pero es preciso que no haya riesgo en el cumplimiento de aquel trabajo importante; se le vuelve, pues, á probar, y resiste hasta que la tensión alcanza 105. Ya tiene un margen, una reserva de fuerza para asegurar el éxito.—Ved cómo se representa el caso desde nuestro punto de vista. El hombre ha fracasado cinco veces. Se apoderó de él la desesperación al verse tan débil; las gentes le desprecian por incapaz de llevar á cabo ningún trabajo; pero, desde el otro lado, los Maestros se alegran por haber encontrado un auxiliar digno de confianza en cualquier situación crítica. Las pruebas que parecieron fracasos, fueron en realidad una serie de éxitos, un ascenso por repetidos ataques. Nosotros, limitados y ofuscados por el ambiente, no podemos ver esto. No reconocemos el valor relativo de las cosas. Pensamos en términos del tiempo de una vida humana en vez de los de la poderosa mar-

cha de la evolución. No comprendemos de qué manera y con qué objeto se nos utiliza. Y así nos desanimamos por fracasos que, vistos desde más arriba, son enteramente satisfactorios. Un alumno de colegio hace muchas equivocaciones en sus lecciones: si no las hiciera, sería llegado el tiempo para él de ascender á una clase superior, donde haría equivocaciones. Siempre se nos tiene que dar trabajo hasta el último límite de nuestra capacidad.—Por nuestros fracasos crecemos. Teóricamente, sabemos admitir que *escalamos las alturas sobre peldaños de nuestra muerta substancia*, y, sin embargo, suspiramos y nos lamentamos de que, á pesar de que esta nuestra *muerta substancia* que fracasó es lo único que puede servir de peldaño á nuestra viva substancia, que se esfuerza por ascender. Los Maestros ven claro; Ellos saben y comprenden; Ellos dirigen sabiamente, promoviéndonos á clases superiores, á un trabajo más difícil, á medida que nuestros poderes se desarrollan. Tengamos ánimo y agradezcamos el que se nos impongan tareas *algo superiores* á nuestras fuerzas. En ello está la promesa de un trabajo venturoso en el porvenir. Nuestras personalidades sólo son muestras de nuestra substancia inmortal; sus fracasos no cuentan. Son la prueba necesaria. El quebrar las muestras bajo una presión excesiva es la garantía de que el cable resistirá la presión ordinaria.

Ridiculeces de la magia, por Johan van Manen. Una ligera revista de las exageraciones á que dan lugar ciertas tendencias supersticiosas, y á veces la mala asimilación é interpretación torcida de ciertos puntos de doctrina, sin perjuicio de lo sabrosas que resultan ciertas faltas de imprenta como en la frase terminal de un relato del desastre de Atlantis: «En resumen, fué un cataclismo cósmico, habiéndose omitido la s».

De mi cartera, por Félix. J. P.

«The Vahan», Londres. Septiembre, 1911.

Llamamiento; lo hace Mr. Besant á los miembros S. T. en Inglaterra y Gales pidiéndoles contribuyan en lo posible á la erección de un edificio propio para las dependencias del Cuartel General en Londres de la S. T. Es preciso llegar á reunir un capital de 50.000 libras esterlinas (1.250.000 pesetas), y explica los procedimientos para en su día contar con esa suma. (Que este llamamiento ha sido escuchado, lo prueba que en el mismo número y en hoja suelta viene una convocatoria para que los miembros S. T. y masones asistan el 3 del corriente a la ceremonia de colocar la primera piedra.—N. del T.)—*El fallecimiento de Mr. E. W. Bell.*—*Tributo del Dr. Horton á Mr. Besant.* El Dr. Rodo R. F. Horton, uno de los principales exponentes ingleses del Noconformismo, elogió en su sermón del 6 de Agosto la profecía de Mr. Besant y la fundación de la «Orden de la Estrella de Oriente».—*Lecturas de la Presidenta.* Se reseñan las que dió sobre la «Vivisección» y «El valor del Islam».—*El Congreso Universal de las Razas Humanas.* A. Besant tomó parte en el mismo, y

sus discursos versaron sobre el matrimonio infantil en la India y lo que la India pide hoy á Inglaterra.—*Respuesta á una carta.—Revistas. Noticias.—Comité Ejecutivo.—Nuevas Logias.—Anuncios, Inauguraciones, Propaganda, Donativos, Conferencias,* etc., etc. J. G. R.

The Theosophist, Adyar. Septiembre, de 1911. El sumario de este número, tan interesante como siempre, consta de los siguientes trabajos: Después del consabido artículo *En la torre del Vigía,* firma Nina de Gernet *La Vida el Gran Iniciador;* nuestro amigo J. van Manen, en *Teosofía y Arte,* se ocupa de los simbólicos dibujos de Mr. Untermann, que ilustran una preciosa colección de postales teosóficas. Es un buen sistema de propaganda y un agradable medio de comunicación entre los teosofistas. Sigue un artículo de Luis Revel (padre), cuya reciente muerte apena hoy á los teosofistas, titulado *Las Figuras Ideales de la Tradición Oculta;* E. L. Gardner contribuye con un estudio sobre *Un Grupo-Alma físico.* Un poema, *Tú y Yo,* de Carrie Crozier; *Rasgaduras en el Velo del Tiempo,* vidas XVI, XVII y XVIII de Orión; *Investigaciones sobre las primeras Rondas,* por C. Jinarâjadâsa; *Notas sobre enseñanzas.* En el artículo de costumbre titulado *Obreros Teosóficos,* se presenta al público teosofista algunos datos biográficos de nuestro querido amigo D. José Xifré, Agente Presidencial en España y Presidente de la Rama de Madrid. Agradecemos al querido amigo van Manen estas noticias referentes á los sacrificios realizados por el Sr. Xifré en pro de la Teosofía y de la S. T., que sirven para poner de relieve su devoción, entusiasmo y acendrado afecto hacia los fundadores, cosa olvidada por muchos y desconocida por los recién llegados. Es de justicia aplaudir la labor altruista y fiel de todos aquellos que, como D. José Xifré, sacrificaron todo lo más querido en la vida por el ideal de los ideales, la Sabiduría Antigua, y servir á los Maestros. Siguen otros trabajos de importancia, uno de los cuales, el discurso de Mme. Besant en la Convención de Inglaterra, verán nuestros lectores en este número de Sophia.

Correo Semanal, Banes, Cuba. En su número de 9 de Julio publica este semanario un artículo de nuestro hermano D. Luis Lamarque, miembro de la Rama Fraternidad de Banes, donde, con el título *Lo Invisible,* se argumenta contra aquellos escépticos que dicen sólo creer aquello que ven, como si en el campo de la ciencia oficial no se creyeran mil cosas hipotéticas y sin realidad objetiva. En el mismo número vemos un interesante trabajo del Dr. Pedro Vergés, también miembro S. T., titulado *El Hombre.* También en el número correspondiente al 30 de Julio se da una nota teosófica con la continuación del notable artículo que publicó *Antahkarana,* de Barcelona, titulado *El Socialismo verdadero conduce á la Fraternidad Universal,* firmado por L. M. R. T.

Artes Gráficas. J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.